

Raúl Eduardo Irigoyen

RECUERDOS DE TRASLASIERRA

Taninga

*A quienes aman Traslasierra,
especialmente a mi esposa, hijos y nietos.*

Pensar en nuestro terruño provoca encontradas emociones, más aún en quienes lo tenemos por adopción, además del lugar en que nacimos y desenvolvimos parte de nuestras vidas. Muchos, sumados a los oriundos, nos encontramos amando la Traslasierra Cordobesa, de la Argentina, al punto de vivir allí o tratar de visitarla y recorrerla con frecuencia. Quien esto escribe, mientras piensa en ella y en los imborrables momentos pasados, no deja de reconocer la existencia de lugares quizás más bellos, aún de la misma provincia. Sin embargo, esta región posee características que se nos incorporan y acompañan permanentemente. Felizmente la vida me vinculó por más de 70 años, desde niño. Ahora, ya mayor, acerco algunos recuerdos que, originalmente, eran para mis descendientes; pero saber que soy uno más de numerosas personas adeptas, impulsa el deseo de compartirlos con quienes forman también parte de una casi cofradía. En otros libros he realizado algunas menciones geográficas e históricas de la zona, por lo cual colocaré, al final un apéndice con esas citas y, en algunos casos, transcribiré pasajes de ellos (“Taninga, por Siempre” y “Salsacate y Algo Más”). En esta sencilla obra, trataré de recrear simples pero inolvidables momentos, acercaré personajes, costumbrismo local y situaciones festivas, coincidentes, sin duda, con las vividas por muchos de mis posibles lectores en la tierra querida que nos ocupa. Si puedo lograrlo, le habré rendido un sincero homenaje a estos lares.

*

El Valle de Salsacate (1)

Así denominaron los españoles colonizadores, que vivían en la naciente ciudad de Córdoba, a la región allende las montañas del oeste que comprendía una extensa zona entre la actual Villa de Soto y San Luis. En Salsacate, en la época colonial, existía una Encomienda Indígena otorgada a una persona llamada Bartolomé Jaimes, nombre luego tomado para denominar al río que allí atravesaba, ahora llamado Jaime, abreviado. Hoy es un pueblo de más de 2.000 habitantes, cabecera del departamento Pocho y Taninga (2) una pequeña población, alejada tres kilómetros de aquella. En el año 1942 Taninga era un pequeño villorrio, compuesto solamente por un sencillo almacén, una modesta estación de servicio, con provisión de nafta mediante bombeo manual y una pequeña hostería de cinco habitaciones sin baños privados. No existía electricidad ni provisión de agua potable. Éste ha sido el lugar de mi segundo nacimiento. Ahí llegué con mis ocho años y citadinos conocimientos. Mi padre, funcionario de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, recorría el país controlando dependencias de la empresa, siendo acompañado, en ocasiones por mi madre y yo. Así había establecido una cabecera en Argüello, provincia de Córdoba, desde donde viajaba a otros estados en su misión y, muchas veces, en ese lugar lo esperábamos. Con anterioridad, en una ocasión, esto sucedió en un hotel de la ciudad de Córdoba, frente a la plaza San Martín. De allí, el recuerdo más vivo era el ruido de la sierra, que se escuchaba en las alboradas, cuando pájaros y animales despertaban y la ciudad estaba en silencio. Un silencio de aquellos lejanos años, con pocos vehículos. Ese murmullo serrano que iba creciendo, fue como un llamado, un anticipo de mi futura vida.

*

Volviendo a Taninga, llegamos una tarde primaveral y mis padres decidieron pernoctar en la hostería, estada que luego se prolongó unos días y ello me permitió conocer el lugar, dentro del alcance de mi corta edad. Fue suficiente, para sentirme fuertemente atraído por una sensación que no atinaba a desentrañar, como posesión. Mezcla de aromas, perfumes y aún olores como el del cercano corral de cabras, que aún hoy recuerdo con afecto. Esto unido a la visión de próximos valles y serranías, desde la hermosa meseta, fueron determinantes para que me sintiera integrado con esa naturaleza. Los años posteriores, contantemente han ido reafirmando esa sensación con nuevas experiencias y conociendo otros lugares de la

amplia Traslasierra. Quien solamente transita por Tanninga, no advertirá su realidad, ya que es necesario ingresar a la misma, recorrer las sierras y conocer su caudaloso río Jaime, de dulces aguas y el arroyo salado Cachimayo, de reconocidas propiedades medicinales. Bañarse en él resulta muy vivificante, por su composición de diferentes sales. Parte de la historia, son también las poblaciones cercanas y deseo, brevemente, recordarlas para ubicación geográfica del lector. Entre ellas se destacan, además de Salsacate, la Posta de Mayo (3), Ambul (4), Buena Vista (5), Cuchiyaco (6), Los Túneles (7), Río Las Águilas y Villa Viso (8).

*

En los posteriores años seguimos frecuentando el lugar, en forma habitual, pues mis padres también se habían enamorado del sitio y así Tanninga comenzó a formar parte de nuestras vidas. Hasta que no llegué a la adolescencia, no tuve la libertad necesaria para aventurarme en el monte y recorrer las sierras cercanas, lo que ya pude realizar desde los doce años, en que recibí como regalo un potente rifle de aire comprimido 4 y medio, marca Diana de origen alemán, con el que practicábamos tiro al blanco y luego, ya mayor, lo utilizaba para cazar ranas y palomas, con las cuales, muchas veces “hacía mediodía” en mis recorridas por el monte. Acostumbraba a salir temprano y volvía al anochecer, gozando así de esa hermosa y agreste naturaleza. Solamente cazaba para utilizar las presas y ese proceder me fue formando en el respeto por la naturaleza y, también, conocer por la práctica una forma elemental de cocina. Limpiar lo que cazaba, con mi infaltable cuchillo de monte, prender un fuego y cocinarlo. Para luego comer a la sombra de algún algarrobo. Aún hoy siento esas hermosas sensaciones, plenas de libertad. Años posteriores fueron cambiando las armas, por otras de más calibre y las presas eran liebres y vizcachas. En dos oportunidades cacé pecaríes, que pude hacer cocinar al horno, de la panadería de Salsacate. Hoy ya no los mataría y, pasados los años, ingresó al parque de mi casa uno de estos a quien respeté y pudo salir sano y salvo. Así era mi vida telúrica, pero también Tanninga me inició en la romántica, pues recuerdo mi primer beso con una hermosa serrana, a mis trece años, en una cálida tarde de enero en nuestro río Jaime. Valga esta confesión como única cita, de momentos íntimos que luego los tuve y muchos, pero no serán motivo para este lugar.

*

A mis dieciseis años ingresé a la Escuela Naval Militar y, durante otros dos, poco fue el tiempo de Taninga pero luego, felizmente para mi futuro, el destino me tenía preparada otra vida más importante y dejé Las Armas. Sin embargo ha sido una experiencia muy valiosa, en diferentes aspectos, especialmente organizativos, pero esos recuerdos como los laborales que hube posteriormente, no son de interés para este lugar, salvo los trabajos que se vinculan con Traslasierra. Alejado de la Marina, renové mi presencia en Taninga.

*

Ya con diecinueve años y afianzado en mi relación con esa tierra, en varias oportunidades había acampado con amigos en las cercanías y comenzado a construir un refugio de piedra cerca del arroyo. A mi padre le gustó tanto esa idea, que decidió construir una casa de piedra, por lo cual dejé mi proyecto; pero esa cabaña, más adelante, será motivo de otra historia. Para cada viaje a Taninga, atravesábamos la Pampa de Achala (9), dificultoso y hermoso camino de montaña, por cuya zona también sentía una especial atracción, al punto que decidimos, con un amigo, intentar recorrerla. Se nos presentaba una dificultad pues, en esa ocasión estábamos acampando en el arroyo con una carpa muy grande y no podíamos llevarla. Tampoco teníamos material para trasladarnos con comodidad, ni enseres ni mochilas ni bolsas de dormir. ¿Pero cuál es el obstáculo que pueda ser insalvable, para dos jóvenes decididos? Con bolsas marineras, reemplazando las mochilas, frazadas y una provisión de latas, dos platos de metal, jarritos y una ollita, además de los consabidos café instantáneo, azúcar y sal y ¡Sin carpa! nos lanzamos a la aventura y comenzamos a remontar el río Jaime. El primer día no tuvimos inconveniente y acampamos a la noche cerca de un fuego, alimentado con madera de mimbres y al lado de una pirca. Pudimos dormir sin inconvenientes y al día siguiente reanudamos la marcha, pero se presentaban negros nubarrones anticipando tormenta. No nos asustó, pues acostumbrado a las sierras, siempre encontraríamos un lugar para guarecernos, un árbol o saliente rocosa, llamada alero. Lo importante era proseguir en nuestro objetivo. Pero, dicen que para los aventureros y los locos, que de ambos teníamos, hay un dios especial que los protege. Pues bien, cuando estaba por comenzar la tormenta y buscábamos un lugar para refugiarnos, acertó a pasar en medio de la nada y por un camino que cruzaba el río, un vecino

del lugar, que resultó ser socio de mi padre en una cantera y nos alojó en su casa. Techo, camas y comida, además de un trato afable. Al día siguiente, luego del desayuno de rigor, proseguimos la marcha. Pasamos varias jornadas sin inconvenientes, durmiendo siempre con el cielo como techo y envueltos en frazadas, conociendo lugares de una belleza increíble, nos encontramos en plena Pampa de Achala, ya sin provisiones. De todos los hermosos lugares, deseo destacar el río cayendo por una cascada de gran altura formada, a su vez, por dos cursos de agua. Se encuentra, pasando unos tres kilómetros del lugar llamado Puerto Río Jaime, dejando atrás una mina de berilo. Luego de otro día, en procura de la ruta, que nos llevaría de regreso, con hambre y sin forma de satisfacerla, pudimos cazar dos patos. Decidimos no cocinarlos, ya que deseábamos llegar a nuestra meta. En ese lugar, llamado Dos Ríos, encontramos un almacén y cambiamos los patos por pan y un poco de fiambre. Hicimos buen negocio. El almacenero debe haber pensado lo mismo. Ya en Tanninga, cuando regresamos, pude cambiar a unos vecinos también fanáticos del acampe, la carpa grande por una pequeña, de marca Cacique, para dos personas, con cubre techo, que me duró el resto de mi vida y a la que le di buen uso. Al poco tiempo adquirí el equipo necesario faltante, mochilas, bolsas de dormir y otros enseres. Vaya una recomendación para quienes acampen cerca de ríos de montaña: háganlo siempre alejados por el peligro de terribles crecientes que llegan de improviso, sin que muchas veces sea posible preverlas, pues puede haber llovido el día anterior y a muchos kilómetros río arriba. Siempre estén atentos al horizonte, avizorando tormentas en lugares lejanos. De todos modos, para los conocedores, las crecientes si bien llegan sin aviso, existe un alerta pues el agua, con una pequeña anticipación, se presenta llevando un poco de basura, consistente en hojas y palitos. Una vez estuve en peligro, ya que había acampado de noche, sin tomar demasiadas precauciones, cerca de un arroyo. Me desperté a las tres de la mañana y dije – Va a llover, cambiemos la carpa- Así lo hicimos y a la hora el arroyo se había transformado en un caudaloso río, pasando por nuestro antiguo lugar, ¿Qué había sucedido? Me despertó el silencio del campo, que ocurre cuando los animales esperan la tormenta. En esa ocasión fui imprudente.

*

Volví muchas veces a Achala, solo y acompañado; una de ellas por mi hijo de seis años. Con él, recordamos una terrible tormenta que nos tocó en esa ocasión y que, mientras caían rayos y centellas, jugábamos al ajedrez dentro de la carpa, como si nada pasara. Pero, cada fuerte trueno o rayo nos mirábamos en silencio. En fin, avatares de los acampes.

Para que no se mezclen los relatos, con la consiguiente confusión que se puede provocar, aprovecharé esta ocasión para adelantarme un poco en las edades, parar traer otros dos viajes, de los más importantes y parecidos a los anteriores.

*

Los años no habían podido apagar la sed de aventuras y el deseo de recorrer caminos, si bien ya había pasado una década y era padre de un niño. Con el novio de una prima de mi esposa, médico, Mario Iglesias, nos lanzamos a otro viaje, que resultó de aún más peripecias. Salimos una madrugada rumbo al oeste, con el equipo apropiado, y un camión nos acercó a un lugar cerca de los túneles. De allí comenzamos a atravesar durante dos días sierras y vallecitos, hasta que estuvimos en un gran y cerrado desfiladero, con el inconveniente que en ese tiempo no encontramos agua para reponer nuestras cantimploras. Tuvimos que optar por chupar hojas de cactus y hacer un té, hervido con agua podrida que encontramos, encharcada y resultado de una anterior lluvia, a la cual Mario agregó pastillas para evitar una infección. Pensábamos bajar a los Llanos pero la perspectiva de que el problema se acentuara por la falta de agua, nos determinó a regresar por el desfiladero. Habían pasado varias horas caminando, cuando cansados, agotados, pues tampoco queríamos comer, salvo algo muy ligero, sumamente preocupados, lancé un grito: ¡Berro! Y sí, era berro y metros más adelante nos encontramos con un hilo de agua, que nacía de una vertiente en medio de inmensas higueras llenas de higos negros. Más allá, durazneros con fruta. Luego supimos que el lugar, muy adentrado en el monte, se llamaba El Carrizal. Nos quedamos allí descansando un día, gozando de ese paraíso. Lo gracioso es que, cuando estábamos alarmados por la situación, escuchamos voces lejanas, quizás arrieros; Mario hizo un tiro con el fusil y gritó –Socorro - Le pedí que se callara, pues yo era muy conocido en la zona y estábamos en una situación

momentánea, no perdidos, sabiendo donde nos encontrábamos y eso sería motivo de burlas, durante mucho tiempo.

Salimos de ese espléndido lugar y retomamos la marcha toda la mañana, ya por un camino que iba rumbo al Norte. Al mediodía llegamos a un almacén donde renovamos las provisiones pero, además, tomamos dos botellas de vino Zumuva blanco, enfriado en un pozo de balde. Luego, una siesta con las mochilas como almohadas. ¿Qué más podíamos pedirle a la vida, en ese momento? Por esto, cuando veo mochileros y tengo ocasión, siempre trato de asistirlos de una u otra manera. A la altura de estos relatos, pienso que me excedo al tocar temas tan personales, pero es parte de mi vida serrana y espero ser comprendido. Al día siguiente llegamos a la ruta que conecta Taminga con San Carlos Minas y, estando a unos diez kilómetros de nuestra casa, decidimos hacer ese trayecto para descansar un día allí y luego reemprender el camino. Para aligerarnos, nos presentamos en un puesto policial y acreditándome como empleado de un Juzgado Penal y vecino de la zona, pudimos dejar allí nuestros bagajes, incluyendo las armas. Nada menos que un máuser 7.65 y un revolver 38, con balas incluidas. Otra época, más simple, confianza por ambas partes. Corría el año 1965. A los dos días, volvimos a buscar nuestros elementos y con un ómnibus nos trasladamos a Cosquín, en procura del Río Yuspe, para remontarlo en parte y luego seguir hasta la ruta que nos llevaría a los Gigantes, en Achala. Así fue como hicimos parte de ese recorrido por el río y luego, nos llevó un trecho un camión en su caja, hasta que se desbarrancó, felizmente sin lesiones y seguimos caminando hasta Tanti, por la ruta que pasa por la Cueva de los Pajaritos. Ya en el camino a los Gigantes, paramos para hacer mediodía en El Durazno, momento inolvidable, pues mientras comíamos unas modestas galletitas, a pocos metros unos turistas estaban haciendo un espléndido asado, en tanto que nuestros jugos gástricos, alentados por el aroma de las carnes, debían conformarse con otra ingesta. Otros dos días de marcha y llegamos al Puesto de Pedernera en el macizo de los Gigantes, las elevaciones más altas de esa región. Encontramos un lindísimo lugar, con una casa abandonada y muchos mimbres, incluyendo vertientes y una gran cueva con helechos. Pasados unos años estuve a punto de comprarlo. Seguimos caminando y en Dos Ríos, pude cazar una vizcacha que comimos asada. El antiguo almacén ya no estaba, solamente se encontraba una tapera. Allí decidimos regresar “a las casas”. Así fue como, luego de otra

jornada, llegamos a Taninga, En total, ese largo recorrido, tuvo una duración de quince días.

*

No quiero cerrar este capítulo de mis expediciones, si así podemos llamarlas, con la tercera y última. No serán las de Livingstone y Stanley buscando las fuentes del Nilo, pero aún humildes las atesoro.

Ya frisaba los 55 años, cuando el llamado de la montaña volvió a mí y con un amigo de mi hijo mayor, Hernán Podetti, resolvimos volver a intentar remontar el río Jaime. Así fue, como en el mes de enero, preparativos mediante, para llevar poco peso y contando con un filtro de agua, de fabricación casera, que nos resultó muy útil, salimos una mañana bien equipados. Llevamos hasta charque, que habíamos hecho para la ocasión. Una semana nos tocó llegar hasta Puerto Río Jaime, lugar atravesado por un camino que iba de Las Chacras hasta Ambul, donde decidimos no proseguir por el mal tiempo. Habíamos recorrido solamente la mitad de mi primera expedición, pero el clima no era propicio. Siete días, durante los cuales tuvimos que soportar ocho lluvias y esperar, todas las mañanas, que la carpa se secara, evitando más peso en las mochilas. Para colmo habíamos iniciado la marcha, ambos un poco lesionados en los tobillos, que la caminata por el río curó. Íbamos con zapatillas por el cauce y llevábamos las botas colgadas al cuello sobre las mochilas. Así y todo, no obstante esas peripecias fueron unos magníficos días, reconociendo los antiguos lugares de mi anterior viaje, En varias ocasiones, la marcha se tornaba más dificultosa por las crecientes en el río, debido a las lluvias, que nos obligaron a caminar por cerros para continuar, pues no podíamos recorrer sus orillas. La mayor experiencia resultó subir desde el Río, por el camino hasta La Sierrita, pues se trataba de una muy empinada cuesta de ocho kilómetros, que no aconsejo a nadie y menos aún con mochila. Pero lo hicimos y al final nos esperaba un almacén y bar, donde pudimos renovar fuerzas con un espléndido mate cocido, acompañado con pan casero y mortadela. Recomiendo el mate cocido o el yerbeado (sin hervir) con yuyos aromáticos y siempre endulzado con miel serrana, si es posible. De allí y luego de otro día de marcha llegamos a las Chacras, donde tomamos un ómnibus que nos llevó a casa. Esta “expedición” no tuvo los

resultados de las dos anteriores, pero es digna de mencionar y recordar por las dificultades del tiempo y el recorrido fatigoso por la mencionada cuesta.

*

Esperaba poder, alguna vez, recorrer todas las Altas Cumbres a caballo durante un largo tiempo, pero no ha sido posible, no obstante que he sido un buen jinete, aunque mis hijos me superan pues montan “a pelo” y han tenido varios animales. No siempre cumplimos todos nuestros deseos.

Pero, ya que hablamos de recorridos a caballo, recuerdo un día que monté durante unos cien kilómetros, teniendo que cambiar de animal. Resulta que me trasladé a Villa de Pocho, para ver un campo cercano y luego allí cambié de caballo para recorrer la estancia. Al atardecer volví a subir mi matungo y con él regresamos a Tanninga, ya noche y de luna llena. Pero, me esperaba una sorpresa, pues llegando al pueblito, mi animal levantó las patas, encabritado con un relincho y, menos mal que yo estaba atento, hubiera tenido problemas si me caía. Se había asustado por una víbora en medio del camino, enrollada y en actitud de atacar. Lo calmé y rodeé a la víbora, prosiguiendo la marcha. No le recomiendo a nadie, una noche de luna llena, cuando se está cansado y distraído, ser sorprendido de esa manera. Nunca he temido a las víboras, y maté a muchas de diferentes maneras, pero sí les tengo respeto y siempre he contado con suero antiofídico.

Es costumbre vender los caballos viejos, para que se consuma su carne como mortadela. Eso me parece una herejía y mis pingos ancianos han transitado sus últimos años gozando de pasturas tiernas.

Lo mismo ha sucedido con nuestros tres burros, Mansita y sus dos hijos Rayito y Carlita. La madre, fiel a su nombre era tan mansa que ingresaba a la cocina en procura de pan.

A esta altura del relato general, advierto que mi idea original de transitar la obra con relación a las edades, ha cambiado por un nuevo planteo, en el cual alterno recuerdos acumulándolos por situaciones. Me parece más ágil para los lectores.

*

Bibliotecas Rurales Argentinas (10).

Retomando mis veintinueve años y los pequeños y simples hechos que he acercado y aquí recordaré, como los de muchas otras personas que han vivido en este querido valle, debo reconocer que tres vertientes han nacido de mi relación con esta tierra. Sencillos libros sin pretensiones y cuadros por mí pintados, que lograron aceptación. Ambos pueden descargarse y/o verse en mi página web (www.rauleduardoirigoyen.com.ar), pequeñeces originadas en ese amor y creo que son intrascendentes. Sin embargo, por el contrario, existe una tercera situación, completamente diferente, también nacida de mi permanente disposición a todo lo que emane de ese entorno. Me refiero a la creación, en 1963, de Bibliotecas Rurales Argentinas, hija del Departamento Pocho, de Traslasierra. Titánica y trascendental obra, que en sus 58 años de vida ha desplegado una gran actividad cultural en todo el país, fundando nada menos que 1.350 bibliotecas populares, donde no existían otras, privilegiando zonas rurales de escasa población y lugares barriales carenciados de las ciudades. Además, en los últimos años, ha instalado más de 40.000 bibliotecas básicas digitales. A este dinamismo se suma la Biblioteca Virtual Universal (www.biblioteca.org.ar) que con sus más de 38.000 obras digitalizadas sirve y ha servido a decenas de miles de lectores. Es considerada una de las bibliotecas virtuales más importantes del mundo, en habla hispana.

De enero de 1964, al año de la creación de la Entidad, tengo el hermoso recuerdo de haberme trasladado a caballo (no tenía vehículo) a Río Las Águilas, para asistir a una reunión de la Comisión Directiva y me quedé a dormir allí, hoy un conocido parador, regresando al día siguiente con el mismo medio. Al parecer, existe un hilo conductor que nos va vinculando con lugares. Diez años antes, con Potter, mi compañero del primer viaje remontando el río Jaime, nos trasladamos caminando para conocer los Túneles y de regreso pernoctamos en la galería del rancho de un barraquero, en Las Palmas, durmiendo sobre fardos de pieles. En esa oportunidad, de paso por Río Las Águilas, conocimos a la señora Teresa Cáceres de Moyano, que años más tarde me solicitara la primera biblioteca y diera origen a nuestra Entidad.

*

Cacerías

A ellas me referido, así como a las armas que utilizaba, de diferente tipo, siendo el más potente el referido máuser, corto de caballería, con escudo de Bolivia. Mi vinculación con este tipo de arma comenzó en la Escuela Naval, donde tenía asignado uno que semanalmente, luego de concurrir a tiro, desarmaba y limpiaba pieza por pieza. El cordobés no lo usé demasiado por su potencia y el ruido que hacía con cada disparo, que espantaba a las presas. Un dato festivo fue que, en algunas oportunidades, lo usaba para pescar. Sí, aunque no se crea, con un disparo de sus balas, al ingresar en una hoya de agua provocaba tal impacto, que aturdiría o mataba a las mojarritas, que luego utilizábamos para comer, en diferentes tipo de cocciones. Pero, las más habituales usadas en las cacerías eran escopetas calibre 12 ó 16.

Muchos años atrás la Pampa de Pocho, que se encuentra dentro de nuestra influencia directa, era un gran coto de caza especialmente por palomas y vizcachas, plagas que afectaban los cultivos. También había liebres, perdices, martinetas, pumas, pecaríes y zorros, entre otras especies y no existían grandes restricciones para la caza, especialmente para las primeras, cuya eliminación era solicitada por los agricultores.

En las noches sin luna y provistos de poderosas linternas, buscahuellas o iluminaciones más potentes, de fabricación, casera, recorríamos largas distancias por los polvorientos caminos internos, subidos al pescante de antiguos autos o sentados en los guardabarros de los modernos, desde donde cazábamos las liebres y vizcachas. Luego a despanzarlas y cuerearlas, el trabajo más pesado que nos insumía muchas horas al regresar, ya agotados por las expediciones. Uno de los secretos, para eludir el acoso de los mosquitos, especialmente en las cercanías de la Laguna de Pocho, era embadurnarnos con barro brazos, cara y todas las partes expuestas del cuerpo. Ahora que lo pienso, debíamos parecer un equipo de asalto...

Las vizcachas también se cazaban con agua, en los “pueblos” adonde vivían y generalmente, cuando llovía mucho, se desviaban las crecientes hacia las cuevas. Para ello se tapaban todas las salidas y se dejaban libres solamente dos “bocas”, adonde se apostaban los cazadores armados con palos y acompañados por perros. La señal del inmediato egreso de un animal era el movimiento del agua. Parecía fácil, pero muchos cazadores

eran mordidos por los feroces dientes de estos animales, que eran cazados sin piedad por los graves daños que causaban en maizales y otras plantaciones.

La recompensa era la posterior preparación de los productos de la caza, en diferentes formas. Ahora las vizcachas son protegidas y comienzan nuevamente a crecer en número.

Las palomas son un tema aparte ya que durante el día dominaban los cultivos de la Pampa de Pocho y al anochecer se retiraban a sus lejanos asentamientos en las sierras.

Circunstancialmente descubrimos uno de esos “aguantaderos”, cerca de la Aguadita y cada tanto expedicionábamos armados con escopetas y carabinas. Nos ubicábamos en su trayectoria de regreso y al vuelo realizábamos una gran batida, que nos permitía volver con 30 ó 40 de esas aves.

Recuerdo de esas tardes es el raspón dejado por una bala 22, que aún guarda el Ami 8 de mi amigo y profesor, el Maestro Juan Alberto Pέργamo

Pechos de palomas a la cazadora con salsa de tomate y arvejas, regado con un buen tinto, era el premio de aquellos cazadores, Digo aquellos, pues ya no soy el mismo fanático de la caza y me he vuelto ecológico, proveyendo de alimento a las palomas que anidan en mi parque. Sin embargo sigo respetando a quienes se defienden de las plagas.

Los pumas también fueron perseguidos por los daños a las majadas. Hubo grandes cazadores a la criolla, solamente con lazo y cuchillo, donde se destacaba Ipolo Guzmán, con varios animales así cazados en su haber.

Pero, si de pumas se trata, es imprescindible recordar a Antonio Montoya quien habitualmente cazaba nocturnamente. Persona tímida, de salud precaria, era calmo y conecedor de vericuetos de la sierra. Una noche se encontró de pronto con cuatro pumas, frente a frente y no a muchos metros de distancia. Sin titubear, con su escopeta calibre 16 de un tiro, abatió uno de los animales y cuando volvió a apuntar al segundo se quemó la lamparita de su linterna de dos elementos. Calmadamente, mientras los pumas avanzaban hacia él, cambió la lamparita y con otros tres certeros disparos completó su tarea. Creo que con esa calma se consagró como cazador, como aquellos que armados con arco y flecha se juegan la vida a

un certero disparo contra un jabalí que avanza en su contra (de mi libro Tanninga, por siempre)

Personalmente, debo reconocer que me encuentro ya alejado del deseo de cacerías, me he vuelto ecológico con una gran disposición hacia los animales, pero tengo siempre presente algunas situaciones vividas. Una que me ha demostrado, como las personas instintivamente pasan situaciones, que meditándolas no logran los mismos resultados. Así me sucedía en algunas oportunidades cuando cazando, desde la caja de una camioneta, instintivamente, y sin pensarlo la mente hacía automáticamente un cálculo de la velocidad del vehículo, de la presa y donde ésta se encontraría segundos después, para que el disparo diera en el blanco. Pero, también, tristemente, tengo dos recuerdos que me han alejado de las cacerías. En primero, referente a una liebre herida que gemía y el segundo a un conejo casero instalado en el parque de mi casa, escapado de un vecino, que saltaba alborozado cuando se le daba verduras. No podría comer ningún otro congénere.

*

El Montoso y Don Felipe Barrera

Parte vinculadas con el producto de las cacerías, más asados y pastas, se encontraban algunos lugares de comidas, hoy ya inexistentes para lamento de los aficionados a la buena comida.

En el centro de Salsacate, frente a la plaza, existe una gran construcción hecha en madera y paja, por el habilísimo carpintero y artesano José Gordillo, que data de la década del 50, digna de los más importantes centros turísticos.

En su momento **“El Montoso”**, tal es su nombre, descollaba por los asados administrados por Raúl Guzmán (Chicharra) y gran parte del pueblo se daba cita en el amplio salón, admirando la obra y gustando las viandas preparadas por el buen asador.

Como todo pasa falleció su dueño y los comensales dejaron de concurrir. Hoy ya no es más restaurante.

Si de pastas y postres hablamos, como dejar de recordar al mejor cocinero que tuvo la región. Me refiero a **Don Felipe Barrera**, digno émulo de los más famosos chefs, que se había desempeñado en hoteles de las Sierras Chicas.

Su asiento era en Bajo de los Corrales y sus pastas inmejorables, de las mejores que he comido y los postres insuperables, especialmente los “Huevos Quimbo”.

Fue un sitio muy visitado pero, poco a poco, especialmente por la situación económica, aunque los precios eran muy accesibles, la concurrencia decayó y los circunstanciales turistas no alcanzaron a justificar el mantenimiento del local ni el esfuerzo de Don Felipe. ¿Cuántos vehículos habrán pasado por allí al mediodía, con ocupantes hambrientos, a la búsqueda de exquisitas viandas en Mina Clavero, cuando a su vera se encontraban las mejores?

Así cerró ese restaurante y se convirtió en un pequeño almacén por corto tiempo.

No puedo concluir este apartado gastronómico sin mencionar las empanadas. En Córdoba hubo y las hay muy buenas y también en nuestra región, pero como las de Doña Laura de Bustos no y a la par se encontraban las de Doña Anita Montoya.

Al respecto, siento la necesidad de relatar una anécdota, que este tipo de libro me permite. Resulta que en un año, en algún mes de julio, creo de la década del 60, fuimos a Tanninga junto con mi maestro de pintura Juan Alberto (Tito) Pέργamo, cuyo arte merece un libro aparte. Modestos empleados judiciales, nuestros recursos eran muy escasos, grande el apetito y tuve una ocurrencia:

-¿Tito y si cambiamos un cuadro por una fuente de empanadas?¿Te animás?-

-¡Desde luego!- me contestó.

Y allí fui, cortando campo velozmente, a lo Doña Laura a quien pregunté:

-¿Le gustaría tener un cuadro al óleo, quizás un paisaje?

- Sí-, me dijo- Pero, siempre quise tener una capillita-(era muy religiosa).-

Inspirado le propuse

-¡Si está de acuerdo, prepare una fuente de empanadas y en dos horas le traigo una capilla!-

Un rato de silencio, sopesando la propuesta y finalmente aceptó, no sin dudas, pero quizás por afecto hacia mi persona sin estar realmente convencida.

Volví a casa y le dije a Tito.

-¡Marche una Capilla!-

El Maestro, ni lerdo ni perezoso, pinceles en mano y de memoria, en el término propuesto, pintó al óleo una hermosa capilla, con paisaje serrano incluido, y con ella volví a verla a Doña Laura.

-¡Cuidado que la pintura está fresca!- le avisé.

Sorprendida, me entregó una fuente conteniendo dos docenas de empanadas, con las que nos dimos un atracón.

Durante muchos años el cuadro del Maestro Pérgamo alhajó el comedor de esa casa, que las vicisitudes del tiempo me hicieron perder el rastro, aunque he tratado de recuperarlo, por esa “rica” historia.

Por último y siempre de empanadas hablando, cuando yo cocinaba y la molicie no había opacado esa habilidad, una noche preparamos cien empanadas de vizcacha, grandes como alpargatas, hechas en una sartén chica, la única que teníamos, con lo cual la cocción duró toda la noche. Tan abundante fue el resultado que, con mi compañero de aventuras y cacerías, el médico Mario Iglesias, debimos regalar parte de lo producido a amigos y vecinos (extraído de mi libro Tanninga, por siempre)

*

Cerros, temblores y volcanes.

Me entretuve con cacerías y comidas, olvidando el entorno telúrico que rodea a Tanninga, circundada por varios cerros de diferentes alturas.

Taninga se encuentra dentro del área de influencia del sector volcánico de la Pampa de Pocho. A unos ocho kilómetros de distancia comienza dicha área, al bordear el denominado Cerro de la Ciénaga o Boroa, indistintamente, y se extiende por más de una legua, siendo su antiguo centro de actividad donde ahora se encuentra la localidad de Cañada de Salas. Justamente en la Aguadita, lugar cercano a ésta, en el año 1934 brotó lava y aún puede verse el rastro que la misma dejó en la ladera de una loma.

Ciertamente, contando tiempos geológicos, ochenta años es solamente un segundo y los temblores que periódicamente tienen alertados a los pobladores de Salsacate y Taninga se suceden, al parecer en la Cumbre de Gaspar, a unos veinte kilómetros hacia el Este y retumban, en las cavidades de nuestra zona volcánica, con influencia en toda la Pampa de Pocho, justificando la preocupación. Años anteriores era habitual sentir leves temblores, similares al paso de un subterráneo y correspondían a movimientos sísmicos en las provincias cordilleranas, a los que estábamos muy acostumbrados. Justamente la Cordillera de los Andes es una formación mucho más moderna que las precámbricas Sierras Grandes, que se formaron en el Paleozoico, por lo cual el ajuste de las profundidades de aquellas es más constante.

Según nos anotan los geólogos, en el Ordoviciano hubo un intenso volcanismo en la región en la Pampa de Pocho, cerca de Taninga y los sucesos mencionados no serían de temer pues solamente se están asentando las placas tectónicas a una profundidad entre 3 a 150 kilómetros.

Hace un tiempo, hubo una gran alarma en los alrededores, habiéndose percatado varios pobladores que del cercano cerro Boroa salía humo. Allí fueron diligentes los bomberos y policías y al llegar a la cumbre vieron que el supuesto humo era solamente una nube de miles de hormigas voladoras, los zánganos en procura de fecundar a una reina, para formar una nueva colonia.

Muchas otras versiones circulan, desde ignotas personas que dinamitan cuevas en las Cumbres de Gaspar en búsqueda de tesoros ocultos, pronósticos de terremotos en el término de dos meses y cuántas cosas más. Hasta hubo turistas que acertaron sus vacaciones por los sismos. Pero, para qué negarlo, no es agradable por más que nos acostumbremos a escuchar

retumbes de temblores, cual grandes explosiones y recordar que en 1934 salió lava de un cerro. Sin embargo el encanto de esta zona, hace que estos sucesos no empañen nuestras vidas y sean solamente una molestia pasajera.

Como un anticipo festivo de estos relatos, allá por 1995 escribí un libro para chicos, con relatos de la zona, “Los cuentos del Tata. Taninga” y uno ellos se refería a los volcanes, como una ficción de anticipación, pero respecto a un cerro de La Aguadita que tiene la característica de temblar cuando se camina sobre su cima.

He ascendido, más de veinte veces, a ese cerro Boroa de dos picos, que debe tener una altura de poco más de 300 metros, pero con lugares de difícil acceso. Según un geólogo, a quien acompañé, se trata solamente de una desgastada pared, de un inmenso volcán de muchos kilómetros cuadrados y con varias bocas, cuyo epicentro sería en Cañada de Salas. Una de esas tantas ascensiones, subimos de noche con dos amigos y nos quedamos en la cima hasta el amanecer. Ver las luces en la Pampa de Pocho, de casas y tractores trabajando, bajo el cielo estrellado ha sido un hermoso e inolvidable espectáculo.

*

Nuestra casa

Mi padre comenzó y finalizó la construcción de la casa de piedra, que dirigió personalmente, en el año 1954. Es totalmente de mármol rústico, color blanco, salvo baño y cocina, y la gran chimenea de mármol verde. Las siete mil piedras que lleva, de diferentes tamaños, fueron extraídas de una cantera situada a cinco kilómetros, en Cuchiyaco, desde donde llegaban ya preparadas con una de sus seis caras alisada. Para el resto, se encargaban dos expertos picapedreros trabajando permanentemente, que protegían sus ojos con lentes adecuados. También sumamente conocedores y famosos en la zona, fueron sus albañiles de apellido Guzmán, pues para levantar paredes de ese material son necesarios conocimientos especiales.

En enero de 1955, con sus 254 metros cubiertos, ya pudimos habitarla y, lamentablemente, mi padre falleció en septiembre de ese año, a los 48 de edad. Ese hecho doloroso, adelantó mi madurez pues debía hacer frente a los gastos familiares, que incluían una hipoteca bancaria en esta nueva

casa. Debía trabajar muchas horas diarias, sin tener casi tiempo para descansar. Mi madre y yo salimos adelante y mi ingreso a Tribunales, dos años más tarde, retribuido con un buen sueldo, me permitió tener un solo empleo.

Pasaron muchos años y, además de las vacaciones de verano e invierno, cuando utilizaba las licencias para disfrutar de ella, periódicamente viajaba, aún a veces permaneciendo allí solamente un solo día.

Tal era y es mi amor por la casa y la región.

Pasaron décadas y llegó un momento en que decidí, realizar una ampliación que mi padre había previsto pero, como relaté no tuvo posibilidad por su temprano deceso. Así resultó que, de a poco, también bajo mi dirección, contratando albañiles y peones, fui construyendo un edificio de una magnitud similar, que años después se compuso de un gran living con asador, que denomino “quincho”, pues allí ubiqué sendas mesas de pool y ping pong. También otro ambiente, usado como escritorio y baño y, en forma independiente, un departamento consistente en cocina, baño y dos habitaciones. Tanto el escritorio como la nueva cocina, con salamandras. A esto uní un gran depósito, despensa y garaje para dos autos.

Ya con anterioridad, había ampliado el parque hasta llegar a las dos hectáreas, producto de adquisiciones y permutas de lotes que había heredado de mi padre. En ellas llegué a tener decenas de frutales, vides, y tres quintas, una de ellas con un gran frutillar y rosedal. Tuve suerte de contar, siempre con un excelente personal, que se fueron transformando en amigos y, con algunos de ellos, aunque ya no vivo allí, tengo comunicación periódica. Era un placer atender personalmente toda esa vegetación, regándola habitualmente.

Disfrutaba los atardeceres (la hora mágica según decía mi amigo José Tito Heredia, famoso dibujante del diario La Nación, con quien los he compartido muchas veces), sentado en la gran galería que miraba al poniente; así como las comidas en el parque, especialmente cuando se acercaban tormentas.

Cuando éstas llegaban, debíamos cerrar la electricidad y desconectar los aparatos, para evitar el daño de los rayos. Era la hora de las lámparas de querosén. Una fiesta, pues del mismo modo que provocaban las llamas de

la chimenea, esas otras luces hacían relucir la mica de las piedras de mármol.

Hablando de amigos, además del grupo con quienes he compartido en muchas ocasiones, dos veces por año, acostumbraba a invitar a almorzar a todas las personas que trabajaban conmigo, ya sea en forma permanente y/o accidentalmente, tales como plomero, electricista y mecánico.

*

Los campos.

He sido amante de trabajos campestres y, felizmente, no tuve suerte en mis emprendimientos, pues de haber tenido fortuna a esta hora, ya jubilado como Juez de Instrucción, sería un hacendado y no estaría a cargo ni habría realizado la gran empresa cultural que es Bibliotecas Rurales Argentinas. Me congratulo por ello, pero no puedo dejar de añorar mis tierras, adquiridas con esfuerzo y con grandes esperanzas, que terminaron en un fracaso y hube de vender dos de ellas. Mi destino era otro.

*

El Bajo, consiste en una fracción de terreno de quince hectáreas, que se extiende en unos mil quinientos metros, sobre la ruta que une Taninga con Salsacate y baja hacia una costa de aproximadamente cuatrocientos metros sobre el río Jaime. Esta propiedad la fuimos adquiriendo de a poco, desde el año 1960, con mi amigo Roger Garay Murúa, profesor de derecho procesal y campeón de ajedrez, con la idea de luego lotearla. Siempre fuimos dilatando la venta y ahora, luego que Roger me vendiera su parte, se la he dejado a mis hijos.

*

Además de ser abogado y cursar la Licenciatura en Criminología, hice breves estudios en la Facultad de Filosofía y mi vinculación con el campo, me llevó a estudiar un año en la Facultad de Agronomía y “devorar” las revistas del género.

Así fue como me llegó a interesar tener una quinta industrial, para lo cual comencé “de abajo”, sembrando cinco mil cabezas de ajo en parte del parque de la casa de Tanninga, con la ayuda de mi secretario, especialista en quintas, José Higinio Tapia. Al año cosechamos 50.000 cabezas, pues se dan en esa proporción. Entonces invité a mi amigo Juan Antonio Lozada Ocampo, para tener esa aventura comercial, para lo cual buscaríamos un campito, aportando yo las cabezas de ajo, miles de plantines de cebolla y unos lotes en la zona. Juan Antonio integró el efectivo necesario y compramos una chacra en Buena Vista, a unos cinco kilómetros de mi casa, de sesenta hectáreas con veinte de riego. Logramos dos inversores, contratamos un administrador, que resultó un desastre. Higinio de capataz y tomamos un grupo de peones. Abreviando, resultó un mal año para los ajos, aunque cosechamos quinientas mil cabezas las malvendimos. Tampoco tuvimos buen resultado con el resto de la producción, al punto que con el magro dinero habido, al tiempo devolvimos las sumas entregadas por los inversores. ¡Para ser quinteros hay que ser italianos o bolivianos y vivir en el lugar! Decidimos encarar otra actividad.

*

Más adelante obtuvimos un préstamo del Banco Nación, pagadero muchos años después, para realizar una plantación de álamos. Con los recursos logrados compramos las estacas necesarias, en el Vivero Forestal de Villa Dolores, para instalar 25.000 plantas y contratamos una cuadrilla de empleados del mismo lugar, a quienes alojé en un hotelito de Tanninga, mientras realizaban la plantación. Recuerdo que el capataz, ya allí, inquirió respecto de mi persona, según me comentaron para saber si era de fiar por el pago y la respuesta “es un cheque al portador”. Bueno, yo orgulloso, aunque los álamos luego tampoco resultaron. Resulta que pasaron muchos años y cuando ya los árboles estaban para el primer corte, logramos un comprador quien se llevó un muestreo de varias plantas, para saber si estaban bien. Como el resultado fue positivo, nos compró una partida muy importante, más de la mitad de la plantación, lo que era bastante dinero. El problema resultó que, al poco tiempo, tuvimos un serio inconveniente. Se nos apersonó el comprador, con un ingeniero del Vivero Forestal y había

resultado que la plantación estaba dañada y el muestreo, justamente el muestreo había resultado bueno, como pudimos comprobar. Pero, también, vimos que, en la mayor parte, el corazón de la planta estaba seco como si fuera de corcho. Mala suerte para el comprador y también para nosotros. No podíamos devolver el dinero, pues ya lo habíamos gastado parte pagando el crédito y el resto en otros compromisos. Tampoco podíamos fallarle al comprador, por lo cual le ofrecimos y aceptó llevarse, del resto de la plantación, los sectores sanos. Así lo hizo. Ese fue el fin de nuestro negocio forestal. Siempre me quedó la duda si, cuando compramos en el vivero las estacas, no estaban así y fuimos engañados.

Este campito, luego de comprarle la parte a mi socio, lo utilicé para arrendarlo con destino a pastoreo. A los años lo vendí, para pagar deudas.

*

El tercer campo lo adquirimos, también con Juan Antonio y al mismo propietario de la chacra anterior, por un monto mínimo, pues se trataba solamente de derechos y acciones de una propiedad sin alambrar, utilizada por los vecinos para apacentar hacienda. Es un hermoso cañadón de ochocientos metros de frente por dos mil metros de largo, que ya veía con una gran plantación, pues tenía agua a poca profundidad y era una tierra feraz. También compramos derechos a otros herederos y cuando tuvimos la malograda cosecha de álamos, lo vendimos. Quedó solamente el recuerdo y un cuadro al óleo, por mí pintado, que luce en el living de casa.

*

Mayorazgos

Aquí no trataré el sistema social de algunas civilizaciones, mediante el cual el hijo mayor obtiene las propiedades familiares, en perjuicio de sus hermanos menores. Derecho que tiene el primogénito de una familia de heredar todos los bienes y títulos nobiliarios. No. Solamente deseo referirme al simple sentido gramatical de la palabra, atinente a diferentes y simples mayorías de edad. Antiguamente se llegaba a la misma a los veintidós años, luego a los veintiuno y posteriormente a los dieciocho. Ahora existen varias mayorías, la simple legal, otra por la cual se vota y una más que otorga el carnet para conducir vehículos. Pero para ser mayor,

realmente mayor, salir de la adolescencia y convertirse en adulto, debemos coincidir en que no existe una edad para todos los individuos. o individuos. o individuos, como se dice ahora. Efectivamente, fuera de las consideraciones legales que la conceden automáticamente, entiendo que solamente la experiencia que irán adquiriendo los sujetos, superará la adolescencia. Así creo que los jóvenes que viven en la calle llegan a la adultez mucho antes que los mimados, de clases superiores, algunos de los cuales conviven con sus padres hasta la tercera década de su vida.

Esta introducción a la mayoría de edad, me lleva a otra que me atañe personalmente: soy una persona mayor, un adulto mayor, generosa frase que ha suplido los términos viejo, anciano o geronte. Sí, acepto viejo, pero no viejito o, como muchas veces te dicen, cuando te van a sacar sangre “deme el bracito”. Caramba, mido un metro ochenta, soy grandote, no delgado, carácter fuerte, tengo una larga historia de deportes y actividades. ¡Por favor, tengo brazo, no bracito!

Todas estas consideraciones tienen su razón de ser, como acercamiento al tema que sigue y que, en nuestras edades tiene suma importancia. Algo de eso ya adelanté, en mi libro “Pasando los 70”.

*

Sensaciones que son recuerdos y recuerdos que son sensaciones

En el devenir de nuestra vida, casi permanentemente, recreamos en forma consciente o inconsciente situaciones por las cuales hemos atravesado. Buenos y malos recuerdos, pero aquí sólo deseo referirme a los buenos, que son el alimento de la vejez.

Hace unos años, un día de primavera, me encontraba sentado al sol, luego del almuerzo, en un sector del parque que mira al poniente, gozando de la vista de las serranías, cuando sentí una fresca brisa y, esa sensación, me retrotrajo muchos años atrás, cuando con diecisiete años estaba en la proa de una lancha de desembarco, en el Río de La Plata. Hermosa sensación, que acunó un recuerdo. Me volvió a la Marina, a mis compañeros y a todo

lo que me gustaba de ese momento. Ahora, que traigo este recuerdo, llega la sensación que, en este instante, se refresca mi rostro; tan imborrable es.

Más atrás me he referido a historia y geografía de mi tierra querida, como también a muchas andanzas pero, quizás, lo más valioso de esta aventura literaria, es poder llegar a desbrozar realmente mis sentimientos y sensaciones, que son recuerdos vivos. Además, poder transmitirlos, pues ésta es la intención de las presentes páginas. Espero poder hermanarme con los lectores, al acercar muchas de ellas. Coincidencia, simpatía.

*

Ante todo, vivir más de diez años en Tanninga, además de los recuerdos de toda una vida, fraccionados pues viajaba de tanto en tanto, además de pasar todos los veranos. Añoro la casa. Mi escritorio, en el amplio living, desde donde veía el valle y las serranías. El parque. La galería. Los atardeceres. Las tormentas. Las plantas. Las flores.

*

El crepitar de las llamas, de tantas hogueras, en la chimenea o en el monte.
El olor a madera quemada

*

El aroma de la madera de mimbre, quemándose, aquella noche y otras durmiendo al aire libre en las Altas Cumbres.

*

La plenitud de bañarme en el agua salada, del arroyo Cachimayo.

*

El olor a corral de cabras, que me acompaña desde la niñez.

*

Acampar solo en las montañas.

*

El cantar de un pájaro, retumbando en el silencio del bosque, al atardecer.

*

El rumor nocturno de las aguas de ríos y arroyos.

*

El olor del cuero

*

El golpe en el hombro, de un disparo.

*

Mi amor a los animales.

*

La fragancia de los asados.

*

Los fuertes vientos y la brisa que acaricia.

*

Las tempestades, con sus rayos, relámpagos y truenos.

*

Los colores de los atardeceres.

*

Mis arcos iris, que he visto nacer y he pasado bajo otros tres, en una fresca mañana

*

Sentirme unido a los caballos, al cabalgar.

*

Dormir la siesta serrana.

*

El aroma de mi vieja pipa y del tabaco, que aún guardo.

*

Relatar cuentos, frente a la chimenea, a mis hijos y nietos.

*

Manejar en caminos de tierra.

*

Las cotorras que perseguí y luego me hermané.

*

Los amigos. Brindar con ellos.

Los cuentos, las bromas, las risas.

*

Mi cantimplora.

*

El cansancio del mochilero.

*

Las tranqueras abiertas.

*

Las noches y sus cielos.

*

El aroma de los pinos y de las flores de acacias.

*

Bañarme en las aguas de las Altas Cumbres.

*

Mis sueños.

*

El amor, por mis perros que se fueron.

*

Caminar por mis campos.

*

Los sonidos del monte.

*

Las vertientes.

*

Y Cuántas Cosas Más.

*

De años

En un país joven, como el nuestro, hablar de antigüedades e historia, no podemos remontarnos más de unos cientos de años. Por eso, quiero referirme a una historia de hace un tiempo atrás. Una revuelta que se transformó en la primera revolución colonial contra el dominio español, justamente en estas tierras. Hecho casi desconocido, para los ajenos a Traslasierra y aún para muchos de quienes viven en este valle. Décadas antes de la Revolución de Mayo, pobladores de la Pampa de Pocho, hoy Departamento del mismo nombre, encabezaron con éxito momentáneo un alzamiento, cansados de los abusos que cometían en su perjuicio los mandones de aquella época. Se trató de la Revolución del Común (11), que logró, durante un corto tiempo, doblegar a los españoles y marcó un hito en la historia argentina, en un Acuerdo que se llamó El Pacto de los Chañares. Para no ser reiterativo, me remito al agregado que relata esta epopeya, en el Apéndice de este libro.

También de hace años, pero solamente setenta años, es la descripción que realicé de nuestra región, en mi obra “Don Rosendo, No Me Diga”, que aquí reproduzco: *“LA ÉPOCA DE ORO. Se dice, creo con acierto, que cuando se llega a cierta edad, toda época pasada se considera mejor. Sin*

embargo de las seis décadas que este relator lleva conociendo el Valle de Salsacate, las correspondientes a los años cincuenta y sesenta son, a su parecer, las que pueden inscribirse de ese modo. Especialmente por las costumbres pueblerinas y los personajes que existían, individuos con una gran personalidad y vocación de trabajo, que influían en sus vecinos y tenían sanas aspiraciones, quienes se podían contar por decenas. Luego el país cambió y el valle también, acompañado asimismo, lamentablemente, por la naturaleza. Se recuerda la región sin pastizales, el arroyo salado con sus aguas limpias y las riberas cubiertas de prolijo césped, que mantenían los animales que allí pacían. El campo colmado de retamas florecían en la primavera, junto con verbenas, heliotropos y otras flores cubriendo la tierra. Las sierras y los montes, ya desaparecidos, se encontraban plenos de algarrobos, quebrachos, mistoles, molles y cuántas variedades más, que los incendios y las talas fueron devastando en forma incontrolada. Allí campeaban ufanos los animales salvajes de diversas especies. En ese, nuestro perdido paraíso, se mantenía un verdadero equilibrio ecológico, que no supimos resguardar. Los limpios y cuidados caminos principales de acceso eran de tierra afirmada, lo que permitía una cierta reserva.

Pero volviendo a la Época de Oro, quizás lo más importante era que, en ese entonces, en cada trabajo o profesión, había quienes se destacaban no sólo por la calidad de su especialización y personalidad, por salir de la chatura, sino también por el modo en que se integraban en la comunidad.

En esta época, he sido testigo como, bajo la hábil dirección de mi padre, iba naciendo un pueblo. Primero con un loteo, la exitosa venta de sus fracciones, la construcción de caminos en llanos y sierras, la organización de una cooperativa para el suministro de agua corriente y electricidad y la construcción de muchas casas. Actividad que se vio paralizada, por el temprano fallecimiento de mi padre.

Salsacate, también era distinto, por sus calles principales corrían acequias que alimentaban grandes sauces y de esas aguas, así como del río Jaime, se surtían los pobladores, que no tenían pozos de balde, ya que no existía la potable. Tampoco había corriente eléctrica y tanto la luz, como las heladeras eran a querosén. Años después, la Cooperativa de Tanninga, extendió su servicio eléctrico al pueblo.

Un mundo mucho más simple, en el cual y en forma muy seguida, se acostumbraban las serenatas nocturnas. El correo funcionaba mejor que ahora, con sus carteros, telegrafistas y guardahilos para los cables que llevaban las transmisiones, más varios empleados que atendían al público. Además había ¡estafetas!, para acercar el correo a la población, que luego fueron suprimidas pues ¡no era negocio! Ahora hay un solo responsable en la oficina del correo que cumple todas las funciones, desde Jefe hasta Cartero. Demás está decir, el tiempo que tarda la correspondencia, si es que llega a destino.

El tiempo cambió hasta a las personas, pues, en aquel entonces, eran mucho más alegres, con sus fiestas, encuentros y mayor amistad, que los años posteriores fueron diluyendo. Tuve suerte de conocer esa época.

*

Arqueología

Si tuviéramos varias vidas, me habría gustado seguir diferentes carreras, arqueología, entre otras. Mi acercamiento a ella ha sido mínimo, pero vivir en una zona que, anteriormente era dominio indígena, me permitió encontrar diversos objetos como puntas de flecha, raspadores de piedra y conocer los lugares donde molían el maíz. Es una región donde convivimos con el recuerdo de los antiguos habitantes.

En una ocasión fuimos a pasar el día al dique La Viña y, mientras mis compañeros practicaban deportes náuticos, me llamó la atención una cueva y a ella me dirigí. Era amplia y pensé que allí podían haber vivido indios. Me situé como si fuera uno de ellos y estimando cual sería la descarga de agua, para el caso que ingresara en el lugar, comencé a cavar con mi cuchillo, con tal fortuna que desenterré pedazos de alfarería, que ahora guardo como un tesoro. Muy humilde mi logro, pero exitoso.

*

Hablando de arqueología, pero con palabras mayores, debo referirme al museo Rocsen de Santiago Bouchón. Santiago, que me honró con su amistad, ha sido arqueólogo, entomólogo y museólogo, dueño y mentor del referido museo, que tiene más visitas que las del Cabildo, de la ciudad de Buenos Aires. Coloco su página web, pues vale la pena ingresar para conocerlo (www.museorocsen.org).

Se trata de un museo multifacético, que posee más de 60.000 piezas de diferentes partes del mundo.

En su momento, conversando con él, se me ocurrió que podríamos colaborar desde Buenos Aires y organicé la Asociación Amigos del Museo Rocsen, integrada con otros amigos que Santiago me recomendó. Durante uno años funcionó bien, acercando recursos y algunas obras pero, luego, poco a poco, se fueron retirando los demás miembros, hasta que habiendo quedado solamente dos ya no pudimos proseguir con el apoyo.

*

Animales e insectos

Vivir en un lugar agreste serrano, es convivir con todo tipo de animales e irse acostumbrando a respetarlos y aún quererlos, evitando que nos produzcan daños, tanto víboras como insectos de los llamados dañinos.

Por eso y ya dejando a los productos de la caza, motivo de anterior referencia, quisiera referirme a las cotorras y loros, por una parte y a las avispas por otra.

Para quien no llega a un entendimiento con esas verdes aves, la vida se torna un poco complicada ya que su parloteo es molesto y su apetito sumamente inconveniente. Ambas situaciones y el deseo de salvaguardar mis frutales motivaba una permanente lucha contra ellas, en la cual salía derrotado y, peor aún, con las siestas interrumpidas. Por más que las combatía, espantaba y cazaba, se renovaban en tropel.

Llegó un momento, de lucidez, en el cual que resolví hacer las paces y dejar que comieran parte de los frutales y de perseguirlas. Insólitamente pareció que advirtieron mi cambio y muchas menos llegaron. Comenzaron a saciar su hambre con medidos picoteos. ¡Dejaban sectores sanos para mí! Más aún ya parecía que no me molestaban a la siestas, pues estaban incorporadas como amigas. Pero esa amistad fue más notoria al otoño siguiente, cuando al no ser molestadas, se posaban como manto verde en el parque para comer abrojos, que plagaban el césped.

*

En el caso de las avispas resultó por una experiencia personal, que luego vertí en un cuento, publicado en mi primer libro para chicos “Los Cuentos del Tata, Taininga”, que me permito reproducir a título explicativo: “*¡Huy, las avispas! ¡Qué miedo! ¿Por qué? Porque tienen un aguijón muy grande y con él pinchan. ¡Cómo duele! ¿Ustedes conocen realmente a las avispas? Yo les voy a contar donde queda su país y como hay que portarse con ellas. Si algún día, desde Taininga, van hacia el poniente y arriban a Chancaní, luego de muchas peripecias y pasando el refugio de los algarrobos, podrán llegar al país de las avispas. Pero, ¡cuidado!, deben respetarlas y ser buenos con ellas, pues si no... Verán las avispas grandes, negras y amarillas, o las lechiguanas, negras y chiquitas, o los avispones escarlatas que pelean con las arañas pollito. En fin, verán todas las avispas que deban ver, pues más no hay.*

Allí se encontrarán de improviso con nubes y nubes de avispas rodeándolos, y se darán cuenta de que llegaron a su reino. Y, lo que es peor, deberán seguir adelante, pues ya no será posible retroceder. Pero no teman; estos animalitos no son malos, únicamente pinchan para defenderse. Tienen más miedo que ustedes.

Si caminan con la cabeza erguida, los movimientos tranquilos y pausados, sin darles importancia, ellas se darán cuenta de que son sus amigos. Y, si alguna se posa sobre ustedes, no la espanten, se irá sola.

Atravesarán el país de las avispas y conocerán otros lugares. Cuando regresen, deberán volver por el mismo camino y así, al ver nuevamente a una de ellas, sentirán que las avispas les han dado una enseñanza de paz que nunca olvidarán”.

En una casa, que se encuentre al lado del monte, existen todo tipo de bichos en colores y tamaños, pero especialmente las hormigas, a las cuales nunca les he dado cuartel, militarmente hablando. Es una lucha permanente contra las negras, la coloradas grandes y chicas y, hace pocos años, la invasión en las casas de unas muy pequeñas. Siempre las hemos controlado pero, debo

hacer una aclaración: fuera de mi casa las respeto y hasta trato de no pisar las que atraviesan el camino. No están en mi contra ni me invaden.

Las arañas, que hay muchas, especialmente las llamadas “pollito”, por su tamaño. Son sumamente respetadas, al punto de ser echadas suavemente con una escoba, sin hacerles daño, si ingresan a las casas. No son venenosas, contrariamente a las caseras, marrones, delgadas de patas finas, habituales hasta en las ciudades.

De insectos bravos, que atacan a los demás, recuerdo al mamboretá, llamado “Tata Dios” pues une sus patas como rezando. Un día, estábamos sentados en una de las mesas del parque y entre un amigo y yo se encontraba uno de ellos. Erguido, sin temor, nos miraba alternativamente, como evaluando al cual de los dos debería atacar. Con prudencia nos retiramos, respetuosamente.

No puedo cerrar este apartado sin recordar las luciérnagas y los tucos, que llevan dos luces verdes permanentes. La civilización con sus venenos, los ha ido reduciendo.

Aún ahora algunos tucos nos visitan, pero las luciérnagas han ido desapareciendo. Una noche, muchos años atrás, tuve que cubrir la “guardia de agua” en la quinta que teníamos en Villa Viso y de ese momento, maravilloso, recuerdo miles de luciérnagas que me acompañaron todo el tiempo, hasta el amanecer, mientras regaba.

Olvido los coyuyos, cigarras en “cordobés”, dueños de los días muy calurosos del verano, cuyo canto, con el frotar de sus alas, se llega a hacer estruendoso.

Además, un afectuoso recuerdo para los escarabajos, vaquitas de San Antonio y demás bichos que he visto.

*

APÉNDICE

1) EL VALLE DE SALSACATE

Cuando los conquistadores españoles atravesaron las Sierras Grandes, que aún conservan su antiquísimo nombre de Achala, en principio la denominaron la Sierra de los Comechingones por las tribus de indios que allí encontraron y que también habitaban el amplio valle al que llamaron de Salsacate. Éste se extendía desde Ticas, actualmente departamento Minas, hasta el Valle de Concarán, hoy provincia de San Luis. El nombre Comechigón tiene diferentes interpretaciones, para algunos correspondía a su grito de guerra y para otros proviene de la lengua quechua o sanavirona y hace referencia a las viviendas semisubterráneas en que vivían. (Sin embargo, según la crónica del conquistador español Jerónimo de Vivar, escrita en 1558, el apodo les fue dado directamente por los españoles al escuchar el grito de guerra de los *henîa*: «¡Kom-chingôn!»; según Bibar este grito se traduciría por «muerte-a-ellos» (a los invasores). Es probable que los sanavirones "entendieran" y "tradujeran" con mofa tal clamor de guerra de sus enemigos con la palabra «kámichingan».) Los sanavirones los llamaban «kamichingan», que en su idioma parece haber significado 'vizcacha' o 'habitante de cuevas', esto debido al mencionado tipo de vivienda semisubterránea de los *henia-kamiare*. Sorprendió a los españoles el aspecto de los comechingones, pues eran barbados, contrariamente al resto de los indígenas lampiños y muchos tenían ojos verdes. Alguna teoría se refiere a la influencia vikinga, habiéndose encontrado escritura rúnica en Brasil y en el Paraguay, por lo tanto, de ser veraz esta versión podría pensarse que alguna expedición de ese origen pueda haber llegado a estas tierras con anterioridad a los españoles. Debemos recordar que los navegantes vikingos llegaron a América del Norte en el año 1.000. *“Si bien no se trata de algo tan popularizado como la migración de vikingos, la presencia de navegantes normandos sería un hecho de acuerdo con ciertas investigaciones, presentadas por el geólogo Raymundo Chaulot en el Tomo I del Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro, Córdoba 1943. El nombrado, nacido en Ribencourt, Francia en 1869, se trasladó a Sudamérica y se estableció en Córdoba donde comenzó a estudiar las pictografías de Cerros Colorados. Si bien estudiosos de la talla de Clemente Ricci, Aníbal Montes, Leopoldo Lugones y el inglés Gardner las habían analizado con anterioridad, Chaulot les dio una interpretación sustancialmente distinta (según el francés algunos integrantes de las parcialidades vikingas establecidas en la zona de Florida, Estados Unidos habrían migrado a Sudamérica mezclándose con las mujeres nativas y formando una nueva raza barbada de cabello más oscuro. Posteriormente siguiendo su migración hasta el sur habrían llegado a Argentina escindiéndose en dos corrientes. Una hacia el Oeste que constituyó la nación Diaguita y otra hacia el Este formando las parcialidad de Sanavirones y Comechingones, estos últimos establecidos en Córdoba.”* El estudio de Chaulot de las pictografías de Cerros Colorados establece dos

períodos diferenciados en uno de los cuales es posible observar motivos normandos e incluso esbozos de escrituras rúnicas. En contrapartida, Antonio Serrano en su excelente libro Los Comechingones quita totalmente crédito a las aseveraciones de Chaulot, indicando que no existe parentesco de las inscripciones de Cerros Colorados con el alfabeto rúnico. El profesor Rocco Castracane, en cambio, más allá de desechar el carácter rúnico logra emparentar la escritura con la etrusca antigua. Por otro lado una autora contemporánea venezolana propone la salida de los etruscos de los márgenes de los Andes, con lo cual de un modo u otro establece una correlación etruscos con escrituras indígenas americanas”. (Datos tomados de Fabio Picasso, www.afortelanosla.com). Desde luego acerca estos elementos como curiosidad, sin un total rigor científico.

En el año 1528 Gaboto envió, desde las costas, un grupo de hombres para reconocer el territorio, en la creencia de la existencia de riquezas fabulosas. En ese grupo se encontraba Francisco César con algunos soldados, quienes traspusieron las Sierras Grandes e ingresaron al Valle de Conlara continuación del de Salsacate. Esta exploración creó la leyenda que luego se conocería por La Ciudad de los Césares, un lugar de extraordinarias riquezas, desparramando la creencia de una ciudad encantada cuyas cúpulas eran de oro, las calles pavimentadas con adoquines de plata y su gente gozaba de juventud eterna. Según el historiador Víctor Barrionuevo Imposti, una información de 1587 explica esa patraña, que durante dos siglos animó a aventureros *“La llaman de César porque un soldado, con veinte o treinta soldados, yendo por caudillos del capitán Gaboto, la descubrió y de ella sacó una esmeralda como de media luna que se dice vendió después en Catarjena por cinco mil pesos....”*

Hubo otras expediciones y luego de la fundación de Córdoba, en 1573, y considerándose la verdadera conquista de Traslasierra, una expedición comandada por el Capitán Hernán Mejía de Miraval, por disposición del Gobernador Jerónimo Luis de Cabrera, ingreso al Valle de Salsacate con un formación de cuarenta soldados, para empadronar a todos los indígenas y realizar prospecciones mineras. Continúa el referido historiador, dándonos una información que transcribo por su interés actual: *“Según se sabe por constancias documentales que el padre Cabrera ha puesto de relieve, aquellos expedicionarios, a su paso por el Valle de Salsacate tuvieron la ocurrencia de llamarlo Valle de la Campana. Consultado sobre el tema, veinticinco años después, dijo Alonso de la Cámara que así le habían llamado “por hablar todos aquellos indios su lengua a campana”. El escribano Juan Nieto, por su parte, dijo que “había oído a los*

pobladores de esta ciudad (de Córdoba) que corriendo la tierra en la conquista Della, y en especial el capitán Tristán de Tejada, a don Alonso de la Cámara, a don Miguel de Ardiles y a otras personas, que a la provincia y valle de Salsacate le habían puesto por nombre La Campana, por haber coxido en él, en la primera corregiduría que hicieron luego que se pobló esta tierra, a un indio, el cual llamaba a los caciques a campana” Y al indio aludido, que tenía pocos años, le pusieron por nombre Miguelito Campana. Como lo hace notar el padre Cabrera, la sonora denominación se refiere a la musicalidad de los nombres, según se verá más adelante: característica fonética del idioma “Camiare” que hablaban aquellos indios.

Esa característica fonética se entiende hoy, hablando “a campana” en la “tonada” de los habitantes del Valle de Salsacate, que acentúan siempre la primera sílaba al pronunciar las palabras.

Los comechingones se quedaron en este lugar y murieron sirviendo a Bartolomé Jaimes (cuyo nombre completo era Bartolomé González Jaimes Sánchez), quien había recibido estas tierras en carácter de encomienda en mérito por su actuación en el descubrimiento y posterior colonización del territorio de la Córdoba argentina y haber sido cofundador de ésta ciudad. También había participado en la fundación de Santiago del Estero y San Miguel del Tucumán

El paraje donde tuvo la encomienda se llamaba Siquihene o Sequin hene

He aquí el nombre de algunos caciques encomendados en cabeza suya: “Ambulo Naguán”, “Tanguis Naguán” o “Tanguich”, “Talas Naguán”, “Pichan Coló”, “Talacho Hoibana”, “Ambulo Anguilana”, “Chacán Angolo”; y los pueblos de dichos curacas eran: “Quilis”, “Halón Tuspi”, “Tocoma Tuspi”, “Jajta Tuspi”, “Lavacviltich”, “Pulan Tuspi”, “Pees Tuspi”, “Misinon Tuspi”, etc.; los cuales reductos se desparramaban por los alrededores de los actuales departamentos de Pocho y San Alberto, allí donde hoy se encuentran las localidades de Salsacate, Ambul, Nono, Chamico, y Chancaní. A propósito de dichas parcialidades Bartolomé Jaimes sostuvo, en Córdoba, un par de sonados pleitos con dos vecinos feudatarios de la región: Juan de Mitre y Rodríguez Ruescas, en 1585 y 1594, respectivamente.

Jaime obtuvo ocho Mercedes y varios cargos en el Cabildo: Encomendero Alcalde Ordinario, Dos veces Diputado de Chacras, Juez de Bienes de Difuntos, Mayordomo Hospital, 4 veces Regidor (según Carlos F. Iburguren, 1983).

(Los pormenores inherentes a estos repartimientos de indios pueden consultarse en el tomo I de la documentada Historia del valle de Traslasierra, de la que es autor el referido Víctor Barrionuevo Imposti).

Existen constancias de algunos caciques censados entre 1545 y 1650 y pertenecientes al Valle de Salsacate.

Bolbolcharaba entre los años 1570- 1600; Calahara – Anchiquín: Cacique principal sobrino del curaca Sicomo Huanchiquín entre los años 1550 a 1600; Lin Lin Charaba: Cacique censado en los años 1570 al 1600; Tomiche: Censado entre 1550 y 1600. Uno de los principales caciques del Valle de Salsacate fue el Cacique Mayor Cusambichy

Si bien corresponde al Valle de Soto cito a Chuto, Cacique Comechingón que poblaba entre 1560 a 1590, la zona de Soto, en Cruz del Eje, provincia de Córdoba. La toponimia de Soto se debería a la deformación del nombre indígena Chuto. También recuerdo al conocido cacique comechingón Olayón de gran fama por su bravura, que vivió en la zona de Cruz del Eje, Córdoba, entre los años 1590-1620. Murió en combate en duelo con el capitán Tristán de Allende, a quien mató.

La **encomienda** fue una institución socio-económica mediante la cual un grupo de individuos debía retribuir a otros en trabajo, especie o por otro medio, para disfrutar de un bien o una prestación que hubiesen recibido. En realidad tenía su origen en Europa, por la cual el Siervo se encontraba sujeto al Señor, en una relación de dependencia y tributación y éste debería otorgarle protección.

Se produjeron abusos por parte de los encomenderos y el sistema derivó en muchas ocasiones en formas de trabajo forzoso o no libre, al reemplazarse, en muchos casos, el pago en especie del tributo por trabajo en favor del encomendero. Ésta institución facilitó la dominación española, organizando a la población indígena como mano de obra y era una forma de recompensar a los españoles que se habían distinguido. En la obra referida, dicho historiador menciona algunos pueblos de indios, tales como: Niclistaca, al Sudoeste de Pinas; Natich Halan, al Noroeste de

Taninga; Quilis, en lo que después fue el Valle de Salsacate. Chancaní, Sancalá, Pichanas, Soto y Salsacate, fueron núcleos surgidos de encomiendas y las estancias que se registran como importantes fueron Las Palmas, Salsacate, Guasapampa, Tosno, Ninalquín y la estancia jesuítica La Candelaria. Capillas relevantes durante el siglo XVII y XVIII, las de Ciénaga del Coro, Guasapampa, Las Palmas, La Higuera, La Playa. y Salsacate, esta última sede de Curato.

También el Valle de Salsacate presentaba una población numerosa y fragmentada que se ubicaba de norte a sur a lo largo de las márgenes del río principal y sus tributarios. Diego Díaz también fue encomendero de Salsacate, Natich y otros pueblos y Diego de Funes tuvo a su cargo la encomienda de Changane, hoy Chancaní

Las **Mercedes** eran grandes concesiones de tierras, destinadas a pastoreo y siembra, mediante las cuales se otorgaba el uso y no la posesión de las mismas a los españoles, que se habían destacado en el descubrimiento y pacificación de los territorios.

Es importante mencionar el territorio periférico, que se vincula con el acceso que los grupos de indios tenían a recursos más alejados como los productos de caza o los de recolección.

Ello implicaba la movilización de parte de la población hacia otros sectores de la sierra, ampliando el radio de acción de cada grupo según los casos de 5 a 20 kilómetros. El territorio de un grupo, por lo tanto, excedía el límite de las aldeas o sitios residenciales; pero existían mojones delimitando los territorios de caza y sus violaciones provocaban conflictos entre los grupos.

2) TANINGA, SU HISTORIA

*A mi padre, Raúl Manuel Irigoyen,
fundador de Villa Taninga.*

Poder llegar a la completa historia de Taninga, origen de su nombre y que persona la denominó así, sería una ímproba labor revisando miles de históricos legajos, pues el pequeño villorrio existente antes del loteo realizado en 1948, que abrió sus tierras a cientos de compradores y a la construcción de edificios, es casi historia moderna. Pero la que nos interesa, para saber datos de sus reales orígenes es conocer que tribus la ocupaban a la llegada de los españoles, los sucesos durante el dominio de

estos y los jesuitas luego y, con la llegada de la independencia, un relevamiento de este lugar y sus adyacencias.

En la mencionada Historia del Valle de Traslasierra se indica cómo se dividían las propiedades, desde las mercedes otorgadas por los conquistadores, pero no proporciona datos para nuestro interés seguramente por la insignificancia del lugar, mencionando a las poblaciones importantes de esa época, como Salsacate, Villa de Pocho, Ambul, Chancaní, etc. Pero Taninga no figura y evidentemente debe haber sido de ese modo, mal que nos pese, ya que, seguramente, en los alrededores de lo que es hoy el cruce de rutas existían pobladores diseminados y distanciados entre sí. En nuestro actual Taninga, cruzando el arroyo Cachimayo, aún podemos visitar un caserón en ruinas parte de cuya historia relata Gladys Acevedo, en el artículo que reproducimos, y antes de esa noticia acerca de sus ocupantes, por datos proporcionados por Raúl Bustos Senesi, su abuelo Luigi Senesi se instaló en esa finca alrededor del año 1912, que era propiedad de la familia Ladrón de Guevara, dedicándose al cultivo de viñedos, producción de harina y vinos. ¿Y con anterioridad?

En la década del 50 funcionó en ese lugar un aserradero, que cortaba parquet de algarrobo.

Entre 1850 y 1860 José Mayo se asentó en la cercana Villa Viso, adquiriendo un campo que comprendía las tierras desde el lugar que ocupa Taninga hasta El Chamico, adonde construyó una amplia casa, que continuó en pie hasta el siglo pasado, en propiedad de Fabián Díaz. A su deceso los descendientes la dejaron perder.

Cerca de Taninga, cruzando el río Jaime se encuentran escorias del trapiche en el cual se molían los minerales de plata y oro, extraídos de las minas de Cuchiyaco y de la Posta de Mayo y aún quedan vestigios de los hornos, en los cuales se fundía estos materiales para extraer los metales preciosos.

ORIGEN DE TANINGA

Datos tomados de la obra de la destacada poetisa Gladys Acevedo, residente en Salsacate.

TANINGA, una localidad pochana con historia.

Publicada el 12 de diciembre de 2007

“Según el registro de datos pude constatar que lo que hoy es el loteo de Taninga, tuvo su origen aproximadamente, en la década el 20, en un encuentro entre el señor Luis Senesi con Don Pedro José Isleño en Santa Rosa de Río Primero. Senesi en esa oportunidad manifestó a su interlocutor que en el departamento Pocho, pedanía Salsacate había una propiedad de aproximadamente de 300 hectáreas que el banco estaba por rematar. Después de informarle que la región era linda y con un buen clima le preguntó si no se animaba a comprarla. Isleño se interesó en este comentario y resolvió visitar el lugar para entrevistar al dueño de la propiedad: el señor Fidel Pacheco. La estancia se conocía con el nombre de “El Molino”.

Apenas arribó a esta zona visitó al Sr. Pacheco y juntos recorrieron la propiedad observando las posibilidades que podría brindarle en un futuro. Después de una larga conversación y acuerdos resolvió adquirir esta estancia antes de que fuera rematada.

¿Qué le llamó la atención a Don Pedro Isleño? Dentro de esta propiedad estaba el casco de la estancia. Una casa estilo colonial, con grandes piezas, una galería interna y amplísimos galpones, paredes de ladrillos y pisos de tierra. Separado de esta, en un rancho con paredes de adobe, estaba instalado el molino harinero. Allí se encontraba un gran cilindro revestido de tela donde se cernía la harina. Al lado, en otra habitación, se encontraba la rueda de madera colocada en un gran eje del mismo material, dividida en compartimientos en donde caía el agua que hacía girar la rueda. Allí se encontraban las piedras que trituraban los granos de trigo. El agua que movía semejante rueda se originaba en una toma de agua emplazada más al sur de lo que hoy es el camino a San Juan. Por medio de una acequia se la llevaba hasta una represa próxima a la rueda que a su vez se concentraba en un contenedor más chico, en forma de V. Había un desnivel muy marcado. La misma caía con fuerza y hacía girar la rueda para trabajar en la molienda.

También había un viñedo. El señor Pacheco elaboraba vino. Recuerda la Srta. Amelia un gran tonel de madera de muchos litros donde lo guardaban. Pasaron los años y al construirse el camino -entre los años 1929-1930 al 1950- uniendo Córdoba con San Juan en forma directa evitando rodeos y desvíos a través de los magníficos Túneles, Don Isleño resolvió instalarse en esta localidad pensando construir una pequeña estación de servicio. En

esa época no había venta de nafta, aceite y otros rubros totalmente necesarios para las maquinarias de las empresas que arribaron a la zona y para los primeros automóviles que comenzaron a transitar por los rústicos caminos del departamento.

Otro de los protagonistas y de los hacedores de la actual Villa Tanninga fue el señor Raúl Manuel Irigoyen quien llegó con su esposa y su hijo pequeño a estas tierras allá por el año 1.943; es decir aproximadamente veinte años después que Isleño. Su hijo el Dr. Raúl Irigoyen aportó con datos que amplían esta conformación histórica y desde otra perspectiva.

¿Qué encontró esta familia que venía desde Buenos Aires? Un modestísimo caserío conformado por la vieja y pequeña estación de servicio con un surtidor a mano, la hostería de Pedro Isleño y el almacén de Juan Bustos junto a su casa.

Pedro Isleño atendía la estación mientras que su esposa y sus dos hijas se ocupaban de la hostería que contaba con cinco habitaciones. Tanninga era un páramo. La ruta 20 o ahora ex 20, se estaba comenzando a construir.

“Villa Tanninga es otra cosa e invento de mi padre – comenta el Dr.

Irigoyen- A los 30 años había sido gerente de la División Bahía Blanca de YPF. Hizo una carrera brillante en este Organismo y debido a su cargo de Jefe de Racionamiento y control de estaciones de servicios en todo el país (era la época de la segunda guerra mundial), conoció Tanninga y comenzó a vincularnos con el lugar” ---“

“Raúl Manuel, tal era su nombre, era una persona carismática, de gran visión y actividad y se le ocurre realizar un loteo en el lugar, similar a los que ya se estaban empezando a llevar a cabo en lugares más importantes de Córdoba. El problema era que el campo de Isleño se encontraba hipotecado; por esa razón convocó a Juan Cosme Mezzini, su cuñado, hermano de su esposa, quien facilitó lugar en su escribanía ubicada en la calle Florida 32, de la ciudad de Buenos poniendo dinero para el negocio. También fue inversionista un señor Sievers.

Se levantó la hipoteca que gravaba el campo, se adquirió otra parte de campo a las hermanas Ladrón de Guevara y su padre se dedicó de lleno a este proyecto. Personalmente trabajó con los agrimensores para la mensura y división del campo en manzanas, lotes y calles. Todos los vecinos y yo fuimos testigos de su denodada labor haciendo abrir calles y controlando todo los trabajos. Cuando estaba en Buenos Aires organizaba un cuerpo de vendedores de los lotes y así en poco tiempo Villa Tanninga

fue una realidad: se vendieron 1.200 lotes que tenían todas sus calles abiertas; y si lo solicitaban, un servicio de agua corriente y luz eléctrica. Es así como se organizó una sociedad que se llamó Compañía de Tierras Taninga y los ingresos se establecieron del siguiente modo: Pedro Isleño el 50%, Irigoyen 20%, Mezzini 20% y Sievers 10%. A partir de allí mi padre organizó una compañía de construcciones e hizo construir la mayoría de las casas que hoy están en Taninga. Cuando falleció, a los 48 años de edad, tenía acordado un crédito del Banco de Córdoba para realizar 20 casas más. Si él hubiera vivido, Taninga sería hoy un pueblo muy importante. Debo reconocer que gracias a él Salsacate comenzó a tener luz eléctrica porque en este lugar se instaló el primer generador de energía eléctrica.

Hoy sólo quedan los versos de mi padre, quien confeccionó un acróstico para animar a los compradores y que figura en los planos del loteo:

*Tierra de encanto y placer
Alegra y hace olvidar
Nuestro afán del diario bregar
Incitando al pronto volver
Nada hay mejor en visión
Gran don de natura es
Allá donde todo puedes tener”*

Con su versión, la Sra. Gilma de Cavadini completa esta historia comentando que la Compañía de Tierras Taninga tuvo que instalar un generador y un motor para proveer de energía eléctrica y agua corriente a las casas que construyeran. Es interesante destacar que fue en este lugar donde por primera vez en la zona un pueblo tenía alumbrado público y agua corriente. Hoy lamentablemente no existe nada de aquella usina pero seguramente los antiguos pobladores recordarán en detalle esta etapa de florecimiento de la comunidad.

Uno de los documentos que constata lo referido a la energía eléctrica es el Estatuto de la Cooperativa de Luz y Fuerza de Villa Taninga Ltda. 1948, en el que se manifiesta el Primer Consejo de Administración designado por Asamblea constitutiva del 26 de junio de ese año presidido por el sr. Otto Guillermo Sievers. Este Estatuto fue aprobado por el Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba por decreto 4400/48 el 20 de setiembre de 1948 y se inscribió en el registro de la Dirección de Cooperativas el 3 de noviembre

de 1948 bajo matrícula 1692.

3) La Posta de Mayo

A tres kilómetros de Tanninga, por la ruta hacia Córdoba, Raúl Borthwick construyó un chalet para su propio alojamiento y una hermosa hostería en una finca de varias hectáreas, que albergaba nada menos que una antigua mina de oro de la época jesuítica. A pocas cuadras de esas construcciones pasaba el río Jaime en un contorno de gran belleza natural.

En esa hostería, dado que Borthwick se encontraba vinculado al ambiente artístico se filmaron varias películas, entre ellas *Caballito Criollo*.

Los artistas concurrían a Tanninga y recuerdo haber visto, en mi niñez, a los actores Enrique Muiño y Mario Passano, y también Hugo Mac Dougall, que en realidad utilizaba el apellido de su madre pues se llamaba Hugo Mascías, quien compró la Posta de Mayo a Borthwick.

Mac Dougall escribió varios guiones cinematográficos de muchas películas, entre ellos “El cura gaucho”, “Tres hombres del río”, “Malambo” (por el que recibió el Premio Cóndor de Plata), “El Tambor de Tacuarí” y “Nobleza Gaucha”.

Con el paso del tiempo la hostería cayó en desuso y los amigos de lo ajeno, que en estos pagos hay muchos, no sólo la desvalijaron de pertenencias, también los artefactos de baño y cocina, rompiendo paredes para sustraer hasta los caños. Este tipo de saqueo, bastante común en la zona, me hace acordar a la “Marabunta”, ese terrible, vastísimo y mortífero ejército de hormigas selváticas que arrolla todo a su paso, peor aún que una manga de langostas.

4) AMBUL

De los pueblos vecinos se destaca Ambul, por la frondosa arboleda, su bien cuidada plaza y la bonhomía de los vecinos, donde el tiempo parece no transcurrir.

Por una circunstancia fortuita, si bien continuamos viviendo en Tanninga, trasladamos nuestro domicilio legal a una de las filiales de Bibliotecas Rurales Argentinas existente en este pueblo y ello nos permitió conocerlo más a fondo y realmente nos sentimos agradecidos por ello.

Ambul, al estar alejado unos kilómetros de la Ruta Provincial 15, permite encontrarse en un mundo distinto al habitual de los lugares cercanos a los caminos demasiados transitados. Se respira un ambiente de paz y la gente es muy cordial. Hasta, aunque parezca mentira, realizar un trámite en la oficina municipal o en la policía local, es sumamente agradable y otorga una sensación reconfortante a quienes sufrimos habitualmente demoras y malos tratos de empleados públicos.

Del centro de este pueblo se pueden tomar tres caminos que vale la pena seguir. Al Norte, pasando por Mussi, luego de varios kilómetros de zona agreste se llega a la ruta 15, ya camino a Salsacate. Al naciente el tramo es mucho más largo y casi una aventura, pues por un ríspido camino y atravesando el Río Jaime, por una cuesta de ocho kilómetros se llega a la Sierrita y de allí hasta las Chacras sobre el camino que une a Tanninga con Tanti, pasando por Los Gigantes (menciono esos 8 kilómetros de subida pues recuerdo haberla penado con una mochila a cuesta, cuando ya no era tan joven).

Por último y yendo para el sur podrán tomar el antiguo camino afirmado a Cura Brochero y Mina Clavero, que vale la pena recorrer.

No se arrepentirán de poder realizar estos recorridos.

5) BUENA VISTA

El nombre denuncia el hermoso paisaje que se admira desde ese lugar, sobresaliendo especialmente la figura del Cerro Boroa, también llamado De La Ciénaga.

El personaje más destacado de Buena Vista y a quien yo le tenía un afecto más que familiar, era Don José Higinio Tapia, que atendía allí una chacra de mi propiedad, atravesada por el arroyo Cachimayo, hoy perteneciente a Leandro Ledesma.

Higinio era uno de los más queridos y respetados pobladores de la zona y a su carácter apacible se unían su habilidad para diversas tareas. Fue Presidente de la Cooperadora de la escuela de Villa Viso y vivió allí hasta su fallecimiento, joven y a poco de cumplir sesenta años de edad.

En ese lugar tuve una quinta comercial, en mi época de quintero, luego una explotación forestal en la etapa de plantador y, por último lo facilitaba para pasto de hacienda vacuna y caballar.

Guardo de esa chacra uno de los más hermosos recuerdos de índole bucólica: en la época que tenía la mencionada quinta, de una extensión de unas veinte hectáreas, me tocó en una cálida noche de verano realizar la guardia de riego y, aún hoy, como en esa noche, tengo presente el cielo serrano estrellado y el campo cuajado de miles de hermosas luciérnagas en un festival de luces, como si las estrellas hubieran descendido, espectáculo que ya no se repite por el uso de insecticidas de los agricultores.

Una situación similar, pero de otra índole, me sucedió unos años después en un campo en San Pedro, provincia de Buenos Aires: era una primavera mañana en una plantación de cítricos y quedé embriagado por el aroma de los azahares y el fuerte zumbido de cientos de abejas libando esas flores.

6) CUCHIYACO

Las minas de plata de Cuchiyaco, se encuentra a cinco kilómetros de Taminga y fue explotada por los jesuitas en el siglo XVI con mano de obra indígena. Existen varias bocas en la montaña entre socavones y piques.

Tuve oportunidad de bajar aproximadamente unos 30 metros con mi amigo José Gordillo, que posteriormente descendió a sus profundidades y recorrió varios túneles. Esto debía realizar en el invierno, por el temor a desprendimientos originados por las lluvias.

Adyacente existe una cantera de mármol, explotada hasta no hace muchos años y que, en la década del 50, cuando mi padre construyó nuestra casa con ese material, era propiedad de los hermanos Valdés.

Cerca de estas minas se encontraba y, quizás aún lo está, una gran cueva refugio de cientos de vampiros. Éstos son más grandes que los murciélagos y se alimentan de sangre de los mamíferos.

7) LOS TÚNELES

Esta excelente obra de ingeniería, diseñada y dirigida por el ingeniero Hahn y construida por la empresa Breggia, se ha distinguido como una de las maravillas arquitectónicas de la provincia de Córdoba; no obstante su humildad en la actualidad, en comparación con los túneles existentes en otros países, en su momento fue una obra de avanzada.

Son cinco túneles construidos en la roca y que unen las provincias de Córdoba, La Rioja y San Juan. Tuve el privilegio de ver la finalización de la construcción y conocer a los protagonistas y sus familias en las casas que construyeron en Taninga, con quienes departí durante varios años, haciendo amistad con sus hijos.

8) RÍO LAS ÁGUILAS

Es un hermoso sitio serrano, a la vera de un arroyo, y un poco más adelante el río que da nombre al lugar.

Desde hace muchos años existe allí un parador para descanso y alimentación de viajeros, pero lo que le otorga una importancia, desconocida para la mayoría de los viandantes, es que en ese lugar se fundó la primera biblioteca popular, de las 1.067 hasta ahora creadas por Bibliotecas Rurales Argentinas y de allí surgió la idea que me llevó a fundar dicha Entidad y luego la Biblioteca Virtual Universal (www.biblioteca.org.ar).

Al frente del parador, aún se conserva como hito cultural olvidado, una habitación de material adonde funcionada esa biblioteca, hoy abandonada por los pobladores pero que, en su momento, tuvo una destacada vida en la zona.

Años atrás, el diario La Voz del Interior, de la ciudad de Córdoba, publicó un amplio e importante reportaje al respecto, con la foto de dicha biblioteca, resaltando el accionar de dicha Asociación en el país como “*una actividad cultural pasional*”.

(9) VILLA VISO

Esta localidad cercana en dos kilómetros de Tanninga, fundada por José Mayo en el siglo XIX, es una especie de población hermana aunque en su momento tuvo una gran vida propia, gracias a varias personas que vivieron años en casas que ahora se están transformando en taperas.

Deseo recordar al carnicero Menchu Martínez que una o dos veces por semana visitaba los alrededores con carne fresca; al panadero Daddone quien diariamente nos proveía y luego pasó a ser gran estanciero, resultado de su trabajo, con su esposa doña Pastora que atendía el almacén de Ramos Generales. En él se daban cita los notables de los alrededores para las compras, surtirse como se decía, y escanciar alguna bebida.

Casi enfrente, en la esquina formada por la ruta y un camino vecinal hacia Pocho, se encontraba el almacencito de Ferriol Martínez, hermano de Menchu, lugar para compartir tragos y discurrir sobre las cuestiones de la zona. Su heladera era un pozo, debajo del curtido mostrador, adonde entre sapos colocaba las botellas para refrescarlas.

Recuerdo a los Genta con su quinta de varias hectáreas, proveedores de verdura en la zona y poblaciones vecinas, esforzados trabajadores que comenzaron de una situación marginal a ser importantes propietarios de negocios y tierras. De esta familia no puedo olvidar mi amigo Mario Genta, quien con su “jardinera” nos vendía frutas y verduras; luego vecino de Tanninga, poseedor de un excelente humor y don de gentes.

Ha dejado una prole numerosa.

Agrego en esta lista de vecinos destacados, a las honorables familias de Domingo Sánchez y de Martín Menseguez

Existe una hermosa escuela que ha cumplido 125 años desde su creación, donde los docentes ilustraban a los educandos y entre aquellos, destacándose, se encontraba el maestro José Emán González, respetado en el recuerdo.

Pero no todos los recuerdos son agradables, para quienes moran aún hoy en esa zona, pues enclavado en el medio de Villa Viso, se encontraba un campito cuyo dueño de nombre olvidable negaba el paso a los vecinos, no respetando mujeres con niños pequeños ni ancianos, quienes debían dar un rodeo de varios kilómetros para acceder a la otra parte de Villa Viso, adonde estaban la escuela y los mencionados negocios.

(9) ACHALA

*Dedicado a Alejandro y Sebastián Irigoyen,
mi hijo mayor y nieto mayor respectivamente,
con quienes me hermano en las Sierras Grandes*

El nombre Achala se encuentra inserto en muchos corazones, los de todas aquellas personas que hemos transitado, acampado o conocido sus sierras, sus pampas, quebradas, ríos y vertientes. Hayan escuchado sus silencios y emocionado con los cielos estrellados, compartido las terribles tormentas que allí se desencadenan, presentido sus misterios, esperado las nieblas que, muchas veces, al atardece llegan del nacimiento y se tiñen de rosado con el sol que cae en Pocho. Yo soy uno de ellos y muchas veces al mirar el imponente macizo siento el deseo de retomar mi mochila y carpa, que esperan nuevas aventuras y volver a remontar el río Jaime en procura de las Altas Cumbres, quizás en soledad como otras veces lo hice, ya que el alma siempre sigue joven aunque el cuerpo se resista. También, en aquellos momentos en que el espíritu flaquea me traslado mentalmente a los lugares más queridos de esa Sierra: Dos Ríos y sus recovecos con taperas arboladas al sur, luego de la confluencia o en el Puesto de Pedernera, al pie de los Gigantes a la sombra de sus mimbres y a tantos otros lugares. Hugo Wast, seudónimo de Gustavo Martínez Zubiría, de quien me encuentro en las antípodas en cuanto a sus ideas, escribió “Desierto de Piedra”, una novela que relata la vida en esa región y describe su bravía naturaleza.

Sobre Achala hay más para escribir, pero deseo iniciar este capítulo, luego de mi confesión, con un poema, tomado del diario La Nación de Buenos Aires, que seguramente también lo habrán guardado muchas otras personas.

POEMA

Para lavar esta tristeza

hoy llevaría cuerpo y alma

a los chorros helados

de la pampa de Achala

*A caballo iría al alba
bajo aquel cielo gris,
camino a una hondonada
a donde fui una vez, hace ya años*

*Escucharía el viento,
miraría unos cóndores volando,
Y después laja a laja
bajaría el caballo
dando golpes de agua
sus manos
y asustado.*

*Como un casco de guerra
olvidado allá abajo,
llenándome de paz
y cielo ya sin nubes, la hondonada
estaría esperando.*

*Me quitaría las botas
una a una
durante largo rato,
miraría una vez más*

*sobre el poncho el revólver
las crines del caballo,
respiraría, me santiguaría,
y avanzaría despacio...*

*Que para lavar esta tristeza,
un año dejaría cuerpo y alma
bajo los chorros solitarios
de la pampa de Achala.*

Héctor Viel Temperley

1962

Achala es una voz que responde al nombre de un cacique comechingón y denomina al cordón de las Sierras Grandes que comprenden, de norte a Sur, la Pampa de Olaen, Pampa de San Luis y Pampa de Achala. Allí se encuentran sierras de Los Gigantes, las Cumbres de Achala y Cumbres de Gaspar y la región abarca parte de varios departamentos Cruz del Eje, Punilla, San Alberto, San Javier y Calamuchita. De Norte a Sur tiene una extensión es de 65 por 24 Km. de este a oeste. No se encontraron datos concretos sobre el origen del término, siendo todos los antes explicados, solo hipótesis; por ejemplo que su nombre proviene de la lengua quechua y hace referencia a los habitantes originarios de la región: los comechingones. Achala significaría adorno o vestido lujoso o atavío llamativo, en alusión a la vestimenta. Mi sintética definición, sin detallar sus hermosos lugares, podría ser: “Allí domina el silencio, sólo acompañado por el viento y piedras, verde y agua”.

En 1585 era su cacique Milamatcanan y 1598 el cacique Achalacobinin Existió otro paraje homónimo próximo a Choc Choc Conahal: Achalasacate, cuyo cacique en 1573 era Achala Charaba. Otro homónimo a 7km. SO de la actual Villa C. Paz: Achalasacate y Achalacharaba (1573), seis años después citado como Vogombas Tuspi o Yocombis. Datos tomados de “Referencia y significado de voces aborígenes que figuran en mapa etnohistórico de Córdoba –siglo XVI- que contiene la segunda

edición de "Tiquilis. la aventura de un niño aborigen" (julio de 2004).
www.tiquilis.com.ar”

10) UN LIBRO, UN DESTINO

BIBLIOTECAS RURALES ARGENTINAS

BIOGRAFÍA

Alguna vez, hace muchos años atrás, un funcionario del Ministerio de Educación de la Nación, a cargo de las Zonas y Áreas de Frontera, se refirió a “La Leyenda de Bibliotecas Rurales Argentinas”, tal como era muchas veces denominada nuestra Entidad. En otra oportunidad una editorial del diario la Gazeta de Tucumán comparó la actividad de la Asociación con la obra desplegada por Domingo Faustino Sarmiento y algún sacerdote salesiano con la realizada por su Congregación en la Patagonia.

En distinto sentido, otros muchos siempre se han preguntado que existía detrás de Bibliotecas Rurales Argentinas; si su accionar era motivado por una vocación religiosa y se encontraba influenciado por la Iglesia Católica o por alguna secta o, quizás, por inconfesables intereses económicos o políticos.

Debo decepcionar a estos y develaré, para todos ellos, el presunto misterio y al mismo tiempo escribiré una sucinta biografía de la Institución, que si bien abarcará más de 56 años en un relato que no podrá transmitir fielmente lo apasionado y duro que ha sido su trabajo. Quizás pueda tornarse agotadora por la multiplicidad de hechos y datos que se aportarán, pero es necesaria para que no se pierdan los antecedentes y sirvan a quienes continúen nuestra Obra, si es que la misma persiste en la actividad de seguidores.

Si bien he sido el fundador e inspirador de la Asociación y su Presidente durante este tiempo, la misma no hubiera podido prosperar sin la gran cantidad de personas que a través de estos años se fueron integrando en las distintas Comisiones que se organizaron y, sobre todo, a los miles de voluntarios que en todo el país se sumaron a participar en la fundación y administración de las más de 1.250 bibliotecas populares hasta ahora creadas y, además, a las decenas de miles de donantes con cuyos libros formamos esas filiales.

HAY QUE PASAR EL INVIERNO

Nos acercábamos al verano del año 1962 y hacía varios meses que el entonces Ministro de Economía, creador de la frase utilizada como título de este apartado, abonaba los sueldos a los empleados públicos con bonos que con gran dificultad debían ser canjeados por dinero en efectivo y realizar malabarismos para poder vivir.

En aquel entonces yo, de 27 años de edad, era un modesto empleado en el Juzgado Nacional en lo Correccional letra J, ubicado en la calle Charcas (hoy Marcelo T. de Alvear) y Paraná; estudiaba lentamente abogacía y desde hacía muchos años era un incansable lector.

Agotado por esa situación económica y con algunos recursos ahorrados pedí un mes de licencia sin goce de sueldo y sumado al correspondiente por las vacaciones de enero, a principios de diciembre partí rumbo a mi casa en la sierras de Córdoba, herencia de mis padres, ubicada en Tanninga, cerca de Salsacate, en la Pampa de Pocho, con el deseo además de pasar un tiempo en pleno monte viviendo en carpa. Cumpliendo este proyecto me

trasladé hasta un lugar llamado Río Las Águilas, al oeste de la provincia, adonde acampé durante varios días gozando de la paz serrana y de un riachuelo a cuya vera transcurrían las plácidas jornadas.

Se acercaba el 24 de diciembre; a fin de pasar las fiestas en mí casa me apresté a regresar y me despedí de una lugareña, la señora Teresa Cáceres de Moyano, en cuya vivienda me surtía de pan casero y otras vituallas y ahí comienza la historia...

II

DÍGAME DON RAÚL

Dígame don Raúl - me dijo la señora- usted que va a regresar a Buenos Aires, no podría mandarnos unos libros, así tenemos algo para leer durante el invierno –

El pedido me sorprendió, pero mi amor a los libros y un sentido de progreso social me hicieron decir - ¡Cómo no doña Teresa, pero más que unos libros podríamos formar una biblioteca, así leen también los vecinos!

–

Mi interlocutora, mucho mayor que yo, me miró con aire de incredulidad y luego socarronamente, como los cordobeses responden a los porteños fabuladores me dijo, no creyendo en mis palabras.

-Y bueno...-

Entusiasmado con el proyecto regresé a mi casa de Taninga y se lo comenté a una maestra del lugar, la que me reprendió por pensar en otra zona para formar una biblioteca y no para el poblado, donde yo vivía, y concretamente me pidió la creación de una para la escuela local.

En los pueblos chicos las noticias corren velozmente y al poco tiempo ya el cura párroco de Salsacate estaba enterado de los proyectos y me visitó, pidiéndome otra tercera biblioteca para el Colegio Parroquial que estaba creando.

Esto se complicaba, pero no podía negarme.

A fines de enero de 1963 ya había regresado a Buenos Aires y a los pocos días, el 2 de febrero, con espíritu organizativo, reuní en mi casa a un grupo de amigos y compañeros judiciales, a quienes interioricé del proyecto e interesados acordamos la fundación de una Asociación para la creación y mantenimiento de las tres bibliotecas mencionadas.

Presidí esa primera Comisión, que estuvo también integrada por Luis Enrique Quirno Costa, Herbert Möller, Juan Alberto Pέργamo, Luis Cordiviola Peuser, Arturo Etcheverry y Guillermo Czar. Asimismo se encontraban Alicia y Susana Ghirimoldi,

En la primera reunión, no obstante mi oposición, se designó a la nueva Entidad con el nombre de mi padre, Raúl Manuel Irigoyen, que fuera fundador de Villa Taninga. En la siguiente insistí en la modificación por razones éticas y a propuesta de Cordiviola se designó como “Atalaya”.

En una reunión posterior adoptó su definitivo nombre de Bibliotecas Rurales Argentinas.

Prestamente aportamos libros nuestros, entre los cuales Quirno Costa donó aproximadamente mil obras, algunas autografiadas por sus autores, que habían pertenecido a un pariente suyo recientemente fallecido y, para aumentar el fondo bibliográfico, compramos obras de segunda mano en las librerías de las avenidas Corrientes y Rivadavia.

El living de mi departamento se transformó en la sede de la nueva Entidad y allí entre camaradería e ilusiones juveniles, se fue forjando el nuevo proyecto. Clasificamos los libros, ya más de 3.000, por autores y por temas; compramos cajones de manzanas que adaptamos y embalamos; confeccionamos carteles para cada una de las tres bibliotecas populares que estábamos creando y hasta preparamos cuadernos de préstamos. Y así remitimos las primeras tres bibliotecas por medio de un transporte que financiamos y felices, esperamos el resultado comprometiéndonos a seguir asistiéndolas con nuevos envíos.

Las primeras noticias fueron sumamente alentadoras: las fundaciones eran un éxito, los lectores pedían libros sobre diferentes temas, llegaban desde muy lejos a solicitarlos en préstamo, a veces de hasta dos leguas de distancia y los devolvían forrados.

La sensación por la realización de este proyecto es difícil de describir, pero podría resumirlas como de una placentera alegría producto de haber cumplido con un deber comunitario. Sin embargo, esa placidez no duró mucho tiempo pues, al poco tiempo de aquellas primeras cartas, recibimos otras provenientes de pueblos vecinos: Cañada de Salas, Tala Cañada, Villa de Pocho y Villa Viso, cuyos pobladores enterados de la buena nueva también nos solicitaban sendas bibliotecas para sus zonas.

Nos reunimos y luego de un largo cabildeo resolvimos que esta comisión de amigos, que habíamos denominado Bibliotecas Rurales Argentinas, ampliara sus objetivos y se dedicara a fundar bibliotecas populares en el oeste cordobés.

Ya sin libros propios decidimos enviar un comunicado de prensa a los principales diarios de la ciudad de Buenos Aires, solicitando donaciones para crear estas cuatro nuevas bibliotecas.

La respuesta fue muy generosa, decenas de donantes se sumaron y nosotros, sin medios propios de movilidad, utilizando los públicos, buscamos en diferentes y a veces remotos puntos de la ciudad cientos de libros, que clasificamos y nuevamente enviamos en la misma forma que los anteriores.

El Proyecto crecía pero seguía complicándose: en otras provincias también se leían los diarios de la ciudad de Buenos Aires y habitantes de Trevelin de Chubut, Charata de Chaco y El Dorado de Misiones, se comunicaron con nosotros pidiéndonos también fundaciones de bibliotecas.

III

SE AGRANDA EL PROYECTO

Ya había transcurrido un año desde la fundación de la Entidad y en un lugar facilitado, el Centro de Químicos Industriales, realizamos nuestra primera Asamblea a la cual asistió la Comisión Directiva en pleno y asociados que habíamos sumado.

Allí, entre otros temas administrativos, debíamos decidir qué hacer respecto de los nuevos pedidos y luego de álgida sesión, en la que existió un quiebre institucional, pues un grupo decidió retirarse de la Asociación por no coincidir con la ampliación de objetivos y considerarlo “una locura”, muy alejada de nuestras modestas posibilidades. Quienes resistimos en el sueño de trabajar por un país mejor, resolvimos no solamente cumplir con los pedidos y crear esas tres nuevas bibliotecas, sino también que Bibliotecas Rurales Argentinas se dedicara a fundar bibliotecas populares en todo el país. Se añadió una novedad, las bibliotecas se transformarían en filiales y las obras que se remitieran lo

serían en carácter de comodato o sea la figura jurídica de préstamo de uso, para que siempre pertenecieran a la Institución y de ese modo evitar en lo posible las pérdidas.

Era el año 1964 y ya el living de mi casa no daba abasto para tamaña organización y juntando nuestros muy magros recursos pudimos alquilar durante un año un garaje en la calle Zapata, casi esquina Olleros, comenzando el largo peregrinaje de trabajar en modestísimos lugares prestados, pero con la vocación inalterable por la nueva obra.

Durante ese año cumplimos con las nuevas fundaciones y se presentaron más pedidos y en siguientes realizamos una gran actividad. Ya es imposible relatarla en profundidad. Cada jornada conllevaba varias horas dedicadas a la Institución, trabajando con los libros y/o realizando tareas de relaciones públicas, la mayoría de las veces con resultado negativo, pero esto no hacía mella en el voluntarismo que nos impulsaba.

Al salir de la sede de la calle Zapata y sin fondos para establecernos en un nuevo sitio, gracias al doctor Jacinto Cipriota, Director de Caritas Nacional, fuimos recibidos con nuestros modestos “petates” en un reducido lugar de la sede de la calle Mansilla 2446, donde permanecemos unos pocos años.

Caritas Nacional crecía y por razones administrativas tuvimos que mudarnos de esa Entidad y nos ubicaron, en un amplio y alejado pasillo en los altos de la Parroquia del Pilar.

Allí también estuvimos un tiempo pues el clérigo responsable no veía con agrado nuestra presencia en el lugar, por más que multiplicáramos las bibliotecas en el interior del país.

El tema de la sede para nuestras actividades se complicaba cada día más y atentaba contra la continuidad de la Entidad. Debimos dejar la parroquia del Pilar pero, felizmente y en forma momentánea, se nos dio un sitio sumamente precario en un sótano en construcción, en muy mal estado, en la Parroquia del Carmen en Villa Urquiza. Allí concurrí un tiempo a trabajar, pero prefería hacerlo en soledad para no espantar a los miembros de la Comisión y otros voluntarios, dadas las condiciones del lugar.

IV

NUESTRA SEDE PROPIA

Lo notable era que, no obstante estas precariedades y contratiempos, la Asociación crecía a pasos agigantados, las bibliotecas que fundábamos se multiplicaban y los medios periodísticos se hacían eco de nuestras realizaciones; ya era el año 1972.

Fue entonces cuando, mediante un contacto en el Ministerio de Bienestar Social obtuvimos un subsidio y pudimos comprar la casa que, actualmente remodelada, hoy ocupamos como sede propia, pero pagamos solamente la mitad del precio, quedando gravado el bien con el otro cincuenta por ciento a un año. Lo preocupante es que parecía “otro acto de locura”, pues no contábamos con recursos para saldar esa deuda y sólo con una fe inquebrantable en nuestras fuerzas y el valor de los objetivos que nos movilizaban. Llegué a pensar que si no conseguíamos el dinero, podría llegar a hipotecar mientras tanto mi departamento; tal era el compromiso de entonces. Pero nuevamente el Ministerio de Bienestar Social acudió en nuestra ayuda y pudimos saldar totalmente la hipoteca.

Tuvimos nuestra sede, la que poco a poco fuimos arreglando y remodelando. Nos ayudo un importante subsidio otorgado por el Senado de la Nación, en el año 1966 y posteriores arreglos realizados en los años 2007 y 2008.

El fervor de aquella época, unido a un importante número de voluntarios permanentes y colaboradores ocasionales nos permitió efectuar diversos beneficios destinados a recaudar fondos, especialmente cenas con remates de obras de arte. También nos facilitó la participación en numerosas muestras efectuadas en la Sociedad Rural y en el Centro Municipal de Exposiciones con las cuales, en alguna época, llegamos a totalizar casi 5.000 socios, que colaboraban con una mínima cuota mensual y a quienes conseguíamos, en compensación, descuentos en diversos comercios. La imposibilidad de lograr una agencia de cobranzas que cumpliera mensualmente con la recaudación, fue alejando a los socios y tuvimos que desistir de esa posibilidad.

Permanentemente solicitábamos libros en donación con campañas publicitarias, especialmente con el programa radial de Juan Alberto Badia, con el cual logramos varios miles de obras.

La última de este tipo la efectuamos con el programa del psicólogo José Eduardo Abadi para crear 20 nuevas bibliotecas populares y entregamos al final de la campaña los fondos bibliográficos, en un importante acto efectuado en el Palais de Glace, de esta ciudad. Menciono, asimismo, el aporte de editoriales entre las que se destaca Simurg, por la gran cantidad de libros donados.

Comenzamos a establecer convenios con gobiernos provinciales para crear un cierto número de filiales en cada una de ellas- Ello nos permitió acceso gratuito a medios radiales y televisivos para ofrecer bibliotecas en el

interior del país y solicitar libros donados en la ciudad de Buenos Aires, los que llegaban en forma constante a nuestra sede.

Así creciendo llegamos a 1988, cumpliendo 25 años de vida y ya con 500 bibliotecas fundadas. En aquel entonces dijimos, en la parte primera de la Memoria: *“La feliz y accidental causa que dio origen, a fines de 1962, a Bibliotecas Rurales Argentinas, permitió formar una Entidad con características similares a la tierra que la engendró: agreste y dolorosa en su crecimiento como las ásperas y bellas serranías cordobesas, pero también pura y cristalina al igual que su cielo y límpidas aguas. Así fue y es Bibliotecas Rurales Argentinas, integrada por hombres y mujeres a quienes solamente una férrea voluntad les ha permitido superar difíciles obstáculos...”* y *“...Nos preocupan las grandes diferencias culturales existentes en nuestro país, que dan origen a situaciones de marginamiento social y económico, en las cuales quienes las padecen son totalmente ajenos. Tenemos el convencimiento que acercándoles los elementos de capacitación esa condición se revertirá y nos mueve solamente la Solidaridad, punto de encuentro cívico de los componentes de Bibliotecas Rurales Argentinas, quienes profesan las más diversas confesiones e ideas políticas...”*

11) LA REVOLUCIÓN DEL COMÚN

A Pilo Morini

Sentado bajo estas umbrías acacias, mientras la modorra de la siesta serrana solo es alterada por el canto de los coyuyos, en una suerte de mágico retorno al pasado y mientras mi mirada se pierde en el macizo de Achala, ingreso a la memoria como respondiendo al inconsciente colectivo

Son más de 300 años atrás. Me encuentro bajo el mismo sol, en el mismo lugar, aquí en Tanninga, Valle de Salsacate, Tras la Sierra cordobesa, contemplando las mismas y antiguas montañas precámbricas.

Varias leguas al norte, de donde nacen las leyendas y también surgió el mito de la ciudad de los Césares, hoy, en 1774, escucho voces rebeldes, airadas de quienes reunidos en secreto planean un cambio. Un cambio muy importante, nada menos que no ser mandados por extranjeros, según la voz del común o sea del pueblo y de acuerdo a otra interpretación, también el deseo poner en común las cosas, idea realmente comunitaria.

Se trata Del Común, la primera sublevación colonial, rebelión anterior a la de Nueva Granada y realmente un antecedente patrio en la lucha contra la ocupación realista.

Son criollos cansados de los abusos a que eran sometidos por las autoridades españolas, moradores del Curato de Traslasierra, donde estaba destinado uno de los cinco regimientos que custodiaba la frontera cordobesa; quienes decidieron sublevarse contra las autoridades designadas por el Cabildo de Córdoba. Encabezados por Basilio Quevedo y asesorados por Enrique Olmedo y Joaquín Güemes Campero, los vecinos de Traslasierra se sublevaron primero contra la remoción de su Cura Párroco, el Dr. Simón Tadeo Funes e inmediatamente después, con la defensa del Dr. Dalmacio Vélez, contra el despotismo de los peninsulares y Maestres de Campo José de Isasa y Ayesta y José Tordesillas, protegidos del Maestre de Campo Juan Tiburcio de Ordóñez, así como contra el servicio gratuito en la frontera, el Estanco del Tabaco y el pago de la Sisa y la Alcabala (**Alcabala:** Tributo del tanto por ciento del precio que pagaba al fisco el vendedor en el contrato de compraventa y ambos contratantes en el de permuta. **Sisa:** Parte que se defrauda o se hurta, especialmente en la compra diaria de comestibles y otras cosas. Diccionario de la Real Academia Española)

(Citado de Saguier--Tomo-IX-Capitulo-01. La milicia como campo de lucha en las estructuras políticas colonial y nacional)

Pero quien se ha ocupado de este tema, en la obra anteriormente referida, es Barrionuevo Imposti, lamentablemente ya fallecido, a quien tuve el gusto de conocer y que donara a Bibliotecas Rurales Argentinas siete juegos de dicha obra, para ser destinados a cada una de las primeras siete bibliotecas populares que fundáramos en el departamento Pocho, con dicha Asociación, allá por 1964. Por ello y como un homenaje al mismo reproduzco textualmente su relato del suceso, obrante en la página 86 del tomo mencionado, respetando la antigua grafía en los textos citados por el autor:

“A principios de 1774 un grupo de moradores del valle de Traslasierra, harto de los abusos de sus mandones, se sublevaron bajo la sugestiva denominación de “El Común”, contra las autoridades constituidas.

Por decreto del 14 de abril se designó Comisionado para pacificar a los revoltosos, al Maestro de Campo General de la Plaza, don Juan Tiburcio Ordóñez, Alcalde la Santa Hermandad, y se solicitó la cooperación del cabildo para asegurar el éxito de la empresa.

Las gestiones del pacificador tropezaron con las indeclinables reclamaciones de los sublevados, presentadas como única condición de paz. El comisionado tuvo que ceder, y aquellas exigencias quedaron estipuladas en un notable documento: pacto que guarda extraordinaria analogía con el similar de la famosa revolución de Nueva Granada, al cual le precedió en más de siete años.

En un informe remitido posteriormente al Cabildo, Ordóñez explica así su proceder: “Después de varias conferencias que he tenido conlosque avoz de común tenían infestado el Valle de tras la sierra, y considerándome sin las necesarias facultades para ocurrir al exterminio desus bullicios, con el mas vivo y ponto y eficaz remedio, que por sus circunstancias exigían, me vi enla precisión de adherir asus pretensiones, en los términos que ministra el adjunto testimonio, habiendo logrado antes el apartarlos de la loca themeridad con que intentavan que se les quitase el Estanco de tabacos, la Sissa y Alcavala, o que se les pagase sueldo siempre que tomasen las armas en servicio del Rey, y en defensa de las Fronteras que acostumbraban auxiliar.”

Las condiciones establecidas por lo Comuneros comprendían ocho puntos, a cada uno de los cuales el comisionado tuvo que acceder; acordado lo cual, el pacto fue suscripto en Los Chañares el 28 de abril de 1774.

“Los puntos que pide este Común- comenzaba diciendo el petitorio – son los siguientes: Primer punto es que salgan el Mre de Campo Don. Jph. de Isasa y Don Tordesillas desterrados con familias y bienes fuera de la jurisdicción con el limitado término de un mes que se contara desde el dia veinte y ocho de Abril de este presente año de setenta y quatro y pasado dicho Término les peligrá la vida “

Acaso el tal Maestre de Campo José de Issasa haya cometido abusos valiéndose de las facultades que le otorgaba esa graduación militar, vista con muy poca simpatía por la gente del pueblo. Por eso se añadía el siguiente: “Tercer Punto: que no conbiene que aiga Mre de Campo en heste valle.” Y más adelante, en el séptimo punto “piden los soldados las armas que tienen pagadas al Mre. De campo Dn Jph. de Isasa que resivió su importe en plata y Cavallos.”

En la cláusula segunda de aquel notable pacto, los sublevados habían desplegado su mayor audacia al establecer: “Segundo punto es que no hade gobernar en este valle ningún hombre europeo”

En otros de los puntos los insurrectos pretendían, a semejanza de Nueva Granada, que la nombradía de los Capitanes quede a la disposición del sargento maior actual Dn Basilio Quevedo para quitar y poner otros al gusto de su gente “

Estas y otras exigencias terminaban con el “Octavo punto es que piden el común el perdón General y seguro para que. No selos culpe a ninguno ni haga cargo en ninguno ni haga cargo en ningún tiempo haver levantado este Común y qede vos publica lo levantó el Mre de Campo Dn Jph.de Isasa como consta por los señores Vicarios=Común”.

Como se ve, la multitud atribuye la causa de su sublevación a la actuación del tal Isasa, y por eso propone una amnistía que los exima de toda responsabilidad ulterior.

El cabildo de Córdoba por su parte, le supuso al alzamiento otras causas. En realidad los móviles del suceso pueden inducirse de las exigencias propuestas.

El pacto de Ordoñez celebró “ como único medio para restablecer por prompto remedio la paz y sosiego de los que la havían corrompido”, fue desaprobado por el Cabildo de Córdoba, pues en su opinión aquellos ocho puntos contenían “cada qual asunto de la maior gravedad en que los que son delinquentes del atroz delito desublevados ponen ley para berificar los fines dedicho tumulto; pues todos los sobredichos capítulos conducen a inhibirse de los superiores; y de los oficiales militares; y justicias ordinarias conel pernicioso exemplar

dequelos demas Partidos de la jurisdicción subciten los mismos tumultos, para la consecución de los propios tratados”

La última palabra quedó para el gobernador de Armas, a cuya prudencia los cabildantes insinuaban entre otras cosas, que “no se innobe en estos asuntos”.

No conocemos el desenlace, que acaso haya sido trágico. Pero de todos modos el Valle de Traslasierra, adelantándose en varios años a la memorable sublevación del Socorro con reclamaciones semejantes, venía a inquietar a la omnipotencia realista y a verter anhelos americanos que quedarían latentes en las conciencias para contribuir en su oportunidad a perfilar los propósitos definidos de la soberanía popular.

No nos referimos con mayor detenimiento a este suceso y a su significación americanista, por haberlo dado ya a publicidad en 1944 (64). Pero nos place evocar aquella memorable sentencia surgida de la multitud Paraguaya en una de sus famosas rebeliones: “Señor Previsor: ¿ que quiere decir vox pupuli vox Dei?. Usted respondera lo que quisiere; pero sepa que ése es el comun. (65)

He aquí de cómo en este secreto rincón de América la voz del Común levantó su protesta presintiendo_ como un vaticinio __ el derecho inalieanable de los pueblos (66)-“

(64) VICTOR BARRIONUEVO I. “Una desconocida sublevación colonial tras la sierra cordobesa”. Villa Dolores 1944.

(65) RICARDO LEVENE. “Orígenes de la democracia argentina” Buenos Aires, 1911.

(66) Arch.Hist. Cba. Sec.Gob., Tomo 5, Leg. 28, años 1771-1775

Es otra vez enero del 2013 y estoy en mi casa de piedra de Taninga, el calor estival va cediendo por un frescor que llega del Norte y el Común, que

desde hace muchos años me acompaña con un sentimiento de rebeldía por la Inconclusa Justicia, se me muestra esta vez como muy actual: los pochanos no ya gobernados por españoles, pero si por comerciantes con desmedidos precios, empresarios agrícolas que agotan sus campos y hacen descender las napas de agua, de las que habitualmente los pozos se surtían, por la falta de viviendas y de acceso a la propiedad de la tierra. La voz del Común se encuentra silenciada, pero recuerdo al poeta norteamericano Walt Whitman cuando escribió: “la causa dormita”, en su obra “Oda a un Revolucionario Vencido” y el anhelo de verdadera justicia social yace a la espera que el Común renazca en toda su plenitud. Esta vez nacido de la fraternidad que debe anidar en las personas de buena voluntad, que decidan luchar por sus derechos y no vegetar con las migajas de la mesa de los poderosos.